



ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 18.—Madrid 25 de Junio de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 "

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

DIRECTOR

DR. DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

#### SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*El daltonismo moral*, por Blas.—*Los grabados*.—*Los Toribios de Sevilla* (conclusión), por D. Vicente de la Fuente.—*El arte de grabar, sus progresos y sus días de gloria y decadencia*, por D. Domingo Martínez.—*Dos capítulos de un libro inédito*, por D. José María Antequera.—*El pintor Zanobi* (crónica italiana), por D. C. B.—*Patriotismo y abnegación*, novela polaca, por Esteban Marcel.—*Conocimientos útiles*.  
GRABADOS.—*Los domadores de serpientes*.—*El mar de Galilea*.—*Puente sobre el Tajo de Ronda*.—*El caique del Bósforo*.

#### REVISTA

**L**a ciudad de Jerez ha presenciado un espectáculo terrible, capaz de poner espanto en el corazón más empedernido. Siete hombres han sido ejecutados en un mismo patíbulo como reos de gravísimo delito, sin que haya sido posible hallar en ellos motivo de indulto,

sino, al contrario, causas agravantes y poderosas para descargar sobre ellos todo el peso de la justicia humana.

Eran siete falanges de la *Mano Negra* que era preciso amputar, porque se había apoderado de ellas la gangrena; y si en vez de las siete falanges se hubiese podido amputar toda la mano, la justicia hubiera cumplido su misión altísima, pues de esa mano, negra por la ponzoña de que está invadida, no puede esperarse alivio, sino, al contrario, que comunique su daño á todo el cuerpo social y produzca la ruína y muerte de España, cuya salud se halla hace tiempo quebrantada por el virus revolucionario inoculado en sus venas.

Triste, tristísimo espectáculo el que ha presenciado la católica ciudad de Jerez; pero más triste aún, desgarrador y terrible el de los crímenes de la *Mano Negra*, verdadero engendro del infierno para reemplazar con el odio satánico la caridad cristiana que debe imperar en los pueblos; sociedad de tan depravados designios que por las solas causas naturales no puede

explicarse, y hay que buscarle su origen en la mente de Satanás, encarnizado enemigo de Dios y de los hombres.

Pero al ver los siete cadáveres de los reos del crimen de la Parrilla, ocurre preguntar: ¿Bastará este castigo, el mayor que puede dar la justicia humana, para detener la acción infernal de la *Mano Negra*? Y á todos los hombres que estudian las causas del mal, á todos los que conocen la gravedad de nuestro estado presente, se ocurre la misma respuesta: Bien aplicado está el castigo; pero no bastará mientras á la amputación de los miembros podridos no se aplique el régimen depurativo de la sangre envenenada.

Y así es la verdad; para que la justicia sea justicia; para que en la aplicación de las penas resulte, no sólo el castigo del culpable, sino la reparación de su culpa; para que la sangre derramada, que al fin es sangre humana, no se malogre en el patíbulo, es preciso aplicar al daño del cuerpo social, al que se le han amputado siete miembros, los depurativos



LOS DOMADORES DE SERPIENTES.

Cuadro de Fortuny.

Ayuntamiento de Madrid



necesarios, aconsejados por la ciencia y la experiencia, para que el mal no se reproduzca y quede la sociedad sana después de la terrible operación, consolándose con los beneficios de la salud de los estragos terribles de la espada justiciera.

¿Cuáles son estos depurativos? Pues el origen de la enfermedad los indica. Hemos dicho que el origen de la *Mano Negra* no se explica sin la intervención del infierno; pues hé ahí la indicación de la medicina: lo que sea más contrario á la acción de Satanás en el mundo. Que la sociedad pida á la Iglesia sus medicinas, que se preste dócilmente á recibirlas, que el Estado proteja su acción curativa, y el resultado será tan fecundo como lo ha sido siempre, porque no hay medicinas más probadas que las de la Iglesia.

Ellas curaron el mundo romano de su relajación y molicie; á los bárbaros de su crueldad y fiereza; á la Edad Media de sus revueltas y trastornos; y curarán al mundo moderno de todos estos males reunidos en la enfermedad que llamamos *Revolución*.

En los tiempos pasados, de mayor fe y caridad, cuando un hombre había sido asesinado en un camino, sobre el lugar del crimen se alzaba una cruz. Alcese una cruz sobre el lugar de la Parrilla que sea

Iris de paz que se puso  
Entre las iras del cielo  
Y los pecados del mundo.

Pero que esta cruz no sea un mero atributo de la caridad, sino que represente esta idea fecunda: «Sólo de la Iglesia, simbolizada en esta cruz, puede esperarse remedio eficaz á los estragos de la *Mano Negra*.»

\*\*\*

Con motivo de la catástrofe del puente de Alcudia, oímos á una persona buena pero lastimosamente extraviada: «Esta catástrofe, cuyo origen ha sido casual, se ha atribuido á los revolucionarios para favorecer al Gobierno conservador. La Revolución en este punto ha sido calumniada.» Aun admitiendo que la catástrofe hubiese sido casual, ¿cómo es posible creer que la Revolución pueda ser calumniada? ¿Qué crimen, qué horror, qué maldad, qué hecatombe puede atribuirse á la Revolución de que no sea culpable? Si la Revolución es el satanismo, ¿es calumniable Satanás?

Decimos esto, porque á las pocas horas de oír aquella idea nos sorprendió el telégrafo con la noticia de la explosión de Barcelona, ocurrida hace ya días, pero cuya causa parece haberse recientemente comprobado. De una huelga de obreros afiliados á la Internacional salió la *Mano Negra*, que colocó en la casa del fabricante la caja de dinamita, cuya explosión produjo la muerte de un transeunte, las heridas de los dueños del establecimiento y el pánico de toda la población. ¿Puede darse mayor infamia?

Este hecho, este crimen sin nombre, coincide con otros semejantes ocurridos en Inglaterra, en Francia y en Rusia. ¿Será el principio de una era de enormes catástrofes, con las cuales la Revolución tratará de imponerse en Europa, apelando al sistema de la violencia y del terror?

Todo es posible; los adelantos de la *ciencia* favorecen esta evolución del mal, pues el puñal y el trabuco han sido relegados al olvido por la electricidad y la dinamita. Con el puñal se mataba á un hombre; con la dinamita á un pueblo entero; con el trabuco se disparaba á la vista de las víctimas; con la electricidad se dispara desde la oscuridad de una cueva situada á gran distancia del lugar de la catástrofe.

La cobardía de un malvado se halla favorecida con los recursos de la *ciencia*; los adelantos de la civilización son maravillosamente explotados por los criminales.

¿Se han de condenar por esto esos adelantos? No; pero esto prueba que, cuanto más se civilizan materialmente los pueblos, más necesitan de la civilización cristiana.

Si los pueblos de la Edad Media pusieron la cruz sobre el puño de las espadas, ¿cuánto más no la necesitan los progresos de la cultura moderna? Poner una espada en manos de un malvado, y cometerá un asesinato; poner en la misma mano una caja de dinamita, y cometerá ciento. Cuanta más electricidad hay en las nubes, más falta hacen los pararrayos.

La Religión es el pararrayo de todas las revoluciones.

Se lamentan los periódicos de que por las calles de Madrid andan estos días muchos mendigos. En efecto, diariamente vemos en los de noticias ésta, que parece estereotipada: «Hoy han sido detenidos en las calles de la capital tantos (el número es lo único que varía) mendigos por implorar la caridad pública.»

Los detenidos son enviados á sus pueblos cuando no pertenecen á esta provincia, pues en este caso son

conducidos á los asilos de San Bernardino ó del Pardo.

En los tiempos pasados la cuestión de pobres no era cuestión, porque la caridad cristiana, auxiliada por las numerosas instituciones de la Iglesia, socorría á los necesitados y sacaba de la miseria á los que por sus vicios y abandono habían caído en ella, siendo aptos para el trabajo. Pero hoy de todo se ha hecho cuestión, de todas partes han surgido problemas pavorosos que no acierta á resolver la ciencia económica á pesar de sus recursos y pretensiones. La cuestión ó el problema del pauperismo no es de los menores.

Un periódico democrático ha propuesto como remedio ciertas sociedades extendidas en el extranjero, compuestas de personas filantrópicas que pagan una cuota módica y variable, según las fortunas, para sostener un patronato, en el cual se remedian las necesidades del momento y se procura trabajo á los que pueden ejercerlo. Estas personas se obligan cuando ingresan en la sociedad á no dar limosnas en dinero, sino unas tarjetas que llevan las señas de las oficinas del patronato, donde los pobres han de ser examinados sobre sus necesidades y socorridos según lo que resulte de la investigación.

No sabemos si en los países del Norte, de temperamento más frío que el nuestro, estas sociedades darán resultados muy prácticos, aunque lo dudamos; pero de lo que estamos seguros como si lo viéramos, es de que en España estas sociedades serían completamente ineficaces y estériles. Sirva de prueba un hecho reciente. Hace poco que las autoridades de Madrid dispusieron, para evitar los abusos de la mendicidad, abrir una matrícula de pobres y dar á todos los matriculados una chapa con un número, que fuese como la patente de su pobreza, oficialmente reconocida. Así se hizo, y todos los que vivimos en la Corte hemos visto á los pobres lucir en el sombrero ó llevar colgada del cuello la chapa, que ciertamente nos hacía mal efecto, recordándonos la matrícula y chapas de los perros.

No llevábamos dos meses de ver las chapas, cuando de repente las vimos desaparecer. ¿Por qué causa? Porque se había establecido un comercio de chapas entre los pobres, que daba lugar á muchos abusos. Como eran objeto de cotización se falsificaron, y andaba tal agiotaje de chapas que los pobres más infelices pagaban el pato, mientras que los solapados y tunantes cobraban el barato.

Lo mismo sucedería con las tarjetas del patronato, aparte de que los socios suscritores serían los primeros en faltar al reglamento por cansancio, por negligencia, por olvido, ó por cualquiera de las mil causas que hacen nuestro carácter refractario á toda reglamentación administrativa.

Confiese ese problema á la Iglesia, y se verá por qué ingeniosos medios lo resuelve. Lo primero que hay que averiguar en este punto, es cuáles son pobres de veras, imagen viva de Jesucristo, y cuáles son pobres de pega, pobres diablos dispuestos á dar un chasco á cualquiera. Para esto es preciso aplicarles la piedra de toque donde se señala el oro de ley y se patentizan las falsificaciones. Esta piedra nadie la maneja como la Iglesia, porque ella hace siglos que la viene usando; como que la sacó del Calvario.

Ahora bien: al pobre de veras debe tratársele con veneración; pero al falso aplicarle el rigor de las leyes, porque de estos pobres falsos salen los verdaderos criminales.

¿Y qué sabe el Estado de estas investigaciones, si la primer condición para hacerlas con acierto es tener caridad, y el Estado no tiene ninguna? De donde resulta que todos los problemas pavorosos que hoy surgen tienen por origen la secularización, ó más bien la paganización de la sociedad. Todas las ciencias juntas no pueden tanto como un rayo de fe.

Reciente está la memoria del penitente Casimiro Barello, que no teniendo nada socorría abundantemente á todos los pobres que imploraban su caridad. Para resolver el problema del pauperismo, lo que menos se necesita es dinero. No hay capital en el mundo que valga y pueda tanto como una chispa de caridad.

\*\*\*

Hemos dicho muchas veces, y repetido como tema favorito, que la anemia es la enfermedad de nuestros días.

Hay anemia moral, intelectual, artística, de todas clases. Las fuerzas vitales de esta sociedad van faltando, por efecto de la acción del veneno que circula por sus venas.

Al observar los actuales debates parlamentarios, se nos ocurre que una de las más visibles y palpables es la anemia parlamentaria.

A decir verdad, es la que menos nos duele.

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



NA vez más debemos repetir que la actividad del Papa se redobla con los años de su ancianidad. Aún no han terminado los comentarios de la prensa europea á la magnífica Encíclica contra la Masonería, documento de primer orden entre los elocuentísimos que han salido de la pluma de León XIII, cuando ya se anuncia otra Encíclica sobre varias proposiciones del *Syllabus*, que, á ser cierto lo que se dice, hará época en su pontificado y en la historia de la Iglesia.

El Papa comprende que no basta señalar los males de la Revolución para que los católicos los combatan y detesten; es preciso, además, promover la unión de los católicos, cuyas divisiones coadyuvaban eficazmente á la obra de la Revolución. En este sentido el Papa ha publicado ya preciosos documentos; pero no es dudoso que trate de promulgar alguna declaración más solemne para evitar todo pretexto á las divisiones y polémicas que quebrantan la fuerza de la gran familia católica.

Es posible que este documento vea la luz pública el día de Nuestra Señora del Rosario, de cuya fiesta es devotísimo León XIII.

En las elecciones municipales de Roma han triunfado los candidatos de la llamada Unión romana, cuyos individuos se comprometen á mantener la enseñanza religiosa en las escuelas, objeto de tantas asechanzas por parte de los radicales. Si no ha sido un triunfo tan completo como el de los católicos belgas, consiste en que los católicos en Roma no están tan estrechamente unidos, disintiendo en cuestiones políticas y de conducta, como lo revelan sus órganos en la Prensa. De todos modos el triunfo es muy satisfactorio, pues se asegura, por ahora, la cuestión de enseñanza primaria y se pára la piqueta demoledora que los radicales tienen levantada sobre muchos y venerables templos de la Ciudad Eterna.

El Consistorio está aplazado hasta otoño, cuya época va á ser importantísima en Roma, pues se celebrarán las reuniones de los Obispos de Irlanda, se llevarán á cabo varias peregrinaciones y se publicarán importantes decretos de la Santa Sede.

El asunto capital de estos días en Europa, es el triunfo de los católicos belgas. El Rey llamó inmediatamente al jefe político de los católicos, señor Malou, para encargarle la formación del nuevo Gabinete, el cual estaba á las pocas horas en posesión pacífica del Gobierno. Los desórdenes que querían provocar los liberales no hallaron eco en las masas populares, y fuera de algunos insultos parciales contra personas católicas determinadas, la Revolución no ha conseguido más que poner de relieve su amor á la libertad electoral y á las instituciones por ella misma creadas.

Una de las primeras medidas del nuevo Gobierno ha sido la disolución de Senado, hecho que ha sorprendido, pues se creyó que el Sr. Malou no se atrevería á tanto. Esta medida prueba por lo mismo que el nuevo Gabinete viene animado de gran energía y dispuesto á cobrar en todo y por todo la revancha de los atropellos ejecutados por el anterior Gobierno de Mr. Frere-Orbán.

El Sr. Malou, que ha trabajado mucho en las Cámaras en estos últimos años, es hombre de gran respetabilidad; pero se cree que tan pronto como deje organizada la nueva situación se retirará del poder, poniendo en su lugar el Sr. Bernaet, nombrado ahora ministro de Fomento, hombre más joven, también gran orador y señalado por todos como el futuro jefe del partido católico.

Las dos primeras disposiciones del Gobierno serán el restablecimiento de la embajada en el Vaticano, suprimida por el anterior, y la derogación de la ley de Instrucción pública, que ha sido la causa principal que ha preparado este cambio de cosas.

Las nuevas Cámaras se reunirán el 22 de Julio, y su primera temporada se reducirá á la aprobación de actas, las dos medidas anunciadas y la discusión de los presupuestos.

Entre las numerosas felicitaciones que de todas las naciones han recibido los católicos belgas por su triunfo, se cita como más notable la de los católicos conservadores protestantes de Alemania, cuyo telegrama iba firmado por los Sres. Windthorst y Lingeus.

Que el buen ejemplo de los católicos belgas cunda en Europa, y estos adalides de la buena causa sepan aprovecharse de su triunfo. Que á una lucha tan gloriosa suceda una paz fecunda.

La cuestión religiosa en Alemania, aunque marcha con gran lentitud á una solución favorable, parece en vías de mejorar sin nuevos retrocesos, á que nos tiene muy acostumbrados. El Parlamento ha apro-



bado una proposición del Sr. Windthorst aboliendo la ley—de las famosas de Mayo—por la cual debían ser desterrados los sacerdotes católicos que ejercieran su ministerio sin la venia de las autoridades imperiales. Es un triunfo relativo que debe animar á los católicos para emprender nuevas conquistas.

El príncipe imperial, que va tomando las riendas del poder, parece menos subyugado que su padre á la autoridad de Bismarck. Esto valdrá mucho, pues el viejo canciller es el obstáculo capital á la paz religiosa, pues su orgullo se subleva ante la idea de que lo crean en camino de Canossa.

El emperador de Austria, con toda su Corte, asistió á pie á la procesión del Corpus en Viena.

Este buen ejemplo, que tiene tan pocos imitadores entre los Príncipes reinantes, ha de servir de esperanza á los que temen por la suerte de aquel Imperio, minado por la Revolución, que explota á maravilla las rivalidades de raza que existen en sus vastos dominios.

Por de pronto, las nuevas elecciones de Hungría han dado chasco al Sr. Tisza, pues ha resultado una mayoría más conservadora que la anterior, y eso que, por hallarse divididos los católicos, la derrota del Gobierno no ha sido inmediata, como debía esperarse. En estas elecciones han tomado parte por primera vez los católicos. Aprendan por experiencia propia que para luchar la unión es fuerza.

Inglaterra sigue muy preocupada con la cuestión egipcia.

Las negociaciones para la conferencia diplomática van muy adelantadas, habiendo llegado á un acuerdo definitivo con Francia, que era la nación más difícil por sus intereses en Argelia, y acaso por sus miras ambiciosas sobre Marruecos. Pero mientras se arreglan los preliminares de la conferencia la guerra no da señales de terminar. Las últimas noticias presentan al Madhi al frente de 35.000 hombres marchando sobre Dongola. La toma de esta plaza, situada más abajo de la cuarta catarata del Nilo, agravaría el estado del pobre general Gordon, dificultando la proyectada expedición al Sudán.

La madeja sigue enredada, y el Sr. Gladstone no parece ser el desenredador que la desenrede, pues al punto que han llegado las cosas se necesita más energía y más decisión de la que demuestra en los asuntos internacionales el actual Gobierno de Londres.

La revisión constitucional es el tema de la política francesa en estos momentos. Los radicales protestan contra la forma de intentarse la revisión, pues creen que debía convocarse una Asamblea constituyente. Los debates comenzarán en breve, y entonces tendremos ocasión de informar á nuestros lectores de la índole de este asunto.

Toda la Francia oficial se dispone á asistir á la inauguración de una estatua que se ha levantado en Indre á la inmoral y tristemente célebre novelista Jorge Sand. Esta mujer, cuya vida escandalosa se reflejó, como era consiguiente, en sus obras, encaminadas todas á emancipar á la mujer del suave yugo de la moral y de los deberes domésticos, vistió gran parte de su vida de hombre; ¿se la habrá representado en la estatua en su traje habitual?

El *Figaro*, periódico que no se pasa de timorato, viene alarmado con el número de sacrilegios públicos que se cometen en Francia. ¿Qué ha de suceder si el Gobierno los fomenta con su conducta, los estimula con sus leyes y los ampara con su protección?

La cuestión de Marruecos, á pesar de las declaraciones del Gobierno francés, no está clara. Ha llamado sobre todo la atención la presencia de la formidable escuadra francesa en Tánger. Estos Gobiernos aventureros son temibles, porque á tontas y á locas arman una guerra, de la que sólo Dios sabe el resultado y las complicaciones.

España tiene que estar sobre aviso, pues el protectorado de Francia sobre Marruecos y el de Inglaterra sobre Egipto anularían toda nuestra influencia en África, nos cerrarían el camino de nuestras colonias y nos estrecharían de un modo vergonzoso dentro de nuestras costas.

Todo puede temerse del Gobierno de Mr. Ferry, que, sintiéndose agonizar, es capaz de agarrarse á un clavo ardiendo.

Estadística elocuente. Según datos oficiales, en 1870 había en toda Italia 3.181 condenados á cadena perpetua, y á fines de 1883 había 5.363. Hoy existen en las cárceles de Italia 67.177 personas entre presos y detenidos, y en 1870 no pasaba este número de 27.500. Así se comprende que el presupuesto del ministerio del Interior de aquel reino, cuyos principales gastos es el que originan las prisiones

y la seguridad pública, sólo se elevase en 1870 á 45 millones, y se eleve hoy en cambio á 65.

Este es un progreso, en el que todas las naciones liberalizadas marchan en competencia. Hay hoy en Europa muchísimos menos conventos é iglesias que había hace cincuenta años; pero en cambio hay muchísimos y más que muchísimos más cuarteles, presidios y cárceles. En eso consiste el progreso moderno.

Cerca de Bagdad, en la orilla derecha del Tigris, se ha presentado una nueva y terrible epidemia.

El cólera morbo va á parecer á su lado una peste reaccionaria, según cuentan de este nuevo huésped del Asia.

¿Se acercarán los tiempos apocalípticos? La sociedad y el mundo parece que marchan á su ruína.

M. RIERA.

## EL DALTONISMO MORAL

**S**EGURO estoy de que más de una vez les habrá ocurrido á mis lectores tomar un libro por mero pasatiempo, leer una ó dos páginas sin fijarse en su contenido, y cuando la vista se detiene en una frase ó en una palabra que por necesidad llaman la atención, caer en la cuenta de que el pensamiento no ha tomado parte en la lectura, sino que, por el contrario, vagaba muy lejos del libro, siguiendo con toda claridad de percepción ideas y discursos completamente ajenos á los que perseguían los ojos automáticamente en las líneas impresas.

Esto sucede con frecuencia, y es un fenómeno que no trato de explicar psicológicamente. Lo hago constar como justificación del artículo (ó cosa así) que voy escribiendo, que sin esta advertencia parecería extravagante... y aun sospecho que ha de parecerlo con advertencia y todo.

Me levanté de siesta esta tarde con mucha gana de desperezarme y muy poca de trabajar. Sentado en mi vetusto sillón, alargué la mano hacia un montón desordenado de libros y folletos que tengo sobre la mesa, y tomé el primero que me deparó la casualidad.

Abríle por la primera página y me puse á leer, sin gran interés y tan sólo por despejar en tanto la cabeza, todavía embotada á causa de los vapores del sueño.

El asunto del libro no ofrecía, á la verdad, grandes alicientes: trataba de la *Discromatopsia*... Y sin embargo, empecé la lectura.

Creo que me harán ustedes la justicia de confesar que esto era por mi parte un conato de heroísmo.

La estructura helénica del título me inspiró alguna curiosidad, y quise saber lo que se escondía tras aquella palabra alarmante para mi inteligencia.

Leí, leí y seguí leyendo una especie de discurso preliminar, que no me daba luz alguna para combatir las espesas tinieblas de mi ignorancia, hasta que por fin de entre aquellos oscuros nubarrones de párrafos técnicos y pensamientos científicos surgió un relámpago que dispuso en parte las lóbregueses de mi cerebro.

La *discromatopsia* no es, como me figuré al abrir el libro, un poema épico, una tragedia griega, ni siquiera un discurso de la Corona leído en algún Senado de Lacedemonia ó de Esparta. Es pura y simplemente una enfermedad, que tampoco es enfermedad en el rigorismo de esta palabra, sino una especie de perturbación en el sentido de la vista.

Los que la padecen confunden los colores ó carecen de aptitud para distinguir alguno de ellos. Unos ven azul el color verde, otros se figuran que el color rojo que se les pone delante es el violeta; otros distinguen con exactitud todos los colores del prisma, menos el rojo ó el naranja, por ejemplo; otros, en fin, no ven más colores que los que verdaderamente no lo son; á saber: el negro y el blanco.

Esta aberración del órgano visual da lugar á complicaciones, á peripecias extrañas y hasta á grandísimas y transcendentales consecuencias para el que la sufre, como fácilmente se comprende, sobre todo cuando la enfermedad es congénita y no accidental.

El individuo que nace con *aneritropsia*, que es una variedad de la *discromatopsia* consistente en la no percepción del color rojo, corre el riesgo de elegir paño encarnado para hacerse una capa ó una levita.

El que padece de *acoloropsia*, ó lo que es lo mismo, no percibe el color verde, está expuesto á llamar Villazul ó Villalila al Sr. Villaverde.

El que sufre la *aniantropsia*, que es lo mismo que no ver el color violeta, ó el que no distingue el color azul (*acianopsia*), etc., etc., están sujetos á

lamentables errores en la vida social. Y no digo nada si el sujeto atacado de alguna de estas *opsias* es maquinista de un ferrocarril y equivoca la señal de *peligro*, indicada por el farol ó la banderola verdes, con la señal de *seguridad*, representada por el color blanco; en este caso las consecuencias pudieran ser terribles.

La *discromatopsia* es enfermedad moderna, como el *parlamentarismo*, el *burocratismo*, el *espiritismo*, el *cantonismo*, el *dinamitismo* y otras muchas afecciones patológicas del cuerpo social no conocidas por Hipócrates, Galeno, Avicena ni Averroes, y que yo tengo por incurables si han de tratarlas las eminencias médico-políticas con arreglo á los principios de la ciencia.

No señor, esas *mataduras* sociales resisten al empleo de la terapéutica anodina liberal. Sólo pueden curarse por los procedimientos sencillísimos del herrador: el hierro y el fuego...

Pero vuelvo al asunto.

El primero que descubrió la enfermedad de que voy hablando fué un físico inglés que la padecía, llamado Dalton, y por eso ha recibido aquella el nombre de *daltonismo*, tal vez menos científico, pero de seguro más *pronunciado* y á propósito para fijarle en la memoria que el que le han dado los sabios, que se pintan solos para hacerse ininteligibles.

Pues, como iba diciendo, yo leía, leía y leía hojas y pliegos enteros del tratado de Daltonismo, pero sin fijarme en las ideas ni comprender las teorías del autor; antes bien, dejando volar la imaginación hacia otras ideas y teorías que teniendo por base las del libro, se alejaban grandemente del objeto de éste.

Cuando me apercibí del estado de mi espíritu, cerré el libro á fin de alejar de mí las extravagantes ideas que me asaltaban; pero, lejos de conseguirlo, lo que hice fué concentrar más y más en ellas la atención, libre ya de las ligeras trabas de la lectura.

Y de este trabajo mental, de este hervidero de ideas y de este torbellino de pensamientos debió brotar algo á manera de sobrenatural clarividencia, algo que sólo alcanza á percibir el genio (perdonen ustedes la inmodestia), algo, en fin, que me elevaba siete yardas sobre la fama del físico inglés y que, á mi juicio, me daba derecho á reclamar de la humanidad un puesto de honor entre los grandes descubridores.

Cerré los ojos, me recosté en el sillón y estuve más de dos horas meditando y tratando de dar forma á mis ideas, á fin de verterlas al papel y entregarlas inmediatamente á los vientos de la publicidad, en la previsión de que no se pierdan para las futuras generaciones en el caso de que me sorprendiera la muerte... Esto de la sorpresa es una figura retórica, porque á mi edad la muerte *no puede sorprenderme*.

Interin preparo materiales para desarrollar mi nueva teoría en un extenso libro, que será el pedestal de mi fama póstuma, quiero hoy mismo regalar á los suscritores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA las primicias de mi portentoso descubrimiento; bien entendido que sólo le presento, como ya he dicho, bajo la modesta apariencia de una teoría, no más absurda ni más atrevida ni más incomprensible que muchas otras elaboradas en los telares de la sabiduría.

Dalton descubrió la *discromatopsia*, *acromopsia*, *ascianoblepsia* ó *cromatopseudopsia* (que con toda esta encerrada de nombres es esta enfermedad conocida... de los que la conocen).

El viejo Blas cree haber descubierto una aberración análoga á la del daltonismo físico:

El *daltonismo moral*.

Ahí tienen ustedes la fórmula de mi descubrimiento.

De hoy más los nombres de Dalton y de Blas irán unidos en la admiración y en el aprecio de la humanidad.

Voy al grano, que el tiempo apremia.

El daltonismo moral consiste en una perturbación del sensorio común para apreciar los matices de los sentimientos y los colores de los caracteres de los hombres.

Así como en el daltonismo físico los individuos que le padecen equivocan unos colores con otros ó dejan de percibir en absoluto uno ó varios colores determinados, así los daltónicos de la inteligencia equivocan y confunden las cualidades de sus semejantes.

Es tan sencilla y tan racional esta teoría, que basta exponerla para darla carta de naturaleza.

Ahora verán ustedes claro, como yo veo, el por qué de los distintos y aun contradictorios juicios que forma la opinión pública de los hombres también públicos.

Antes de mi descubrimiento, me metía en un abismo de confusiones el hecho tan frecuente de



que un jefe de secta política, por ejemplo, después de hacer una clara y minuciosa exposición de sus doctrinas y de presentarlas tan brillantes como la luz del sol, demostrando matemáticamente que son las únicas salvadoras para el país, no arrastrase tras sí á las masas; antes, por el contrario, suscitase dudas y acalorase controversias respecto de esos ideales... Efecto del daltonismo moral, que hace ver de color *farsa* lo que indudablemente es de color *convencimiento*.

Hace muy pocos días, leyendo el *Diario de las Sesiones* del Congreso, me maravillaba al ver que un señor diputado, en el acto de tomar su alta investidura, hiciese su acatamiento á las instituciones del país con la fórmula de «prometo por mi honor», en vez de jurar sobre los Santos Evangelios, y que ese mismo diputado se creyese en el deber de explicar ante el mundo entero por qué optaba por la promesa y no por el juramento. Como entonces no conocía yo aún la teoría del daltonismo parlamentario, me ref como un tonto de la explicación eminentemente transcendental del diputado (republicano por más señas), reducida á decir, poco más ó menos, que no dejaba de *jurar por Dios* porque fuese ateo, sino porque quiere llevar á todos los actos de la vida política el concepto que tiene de la secularización de la vida en todas las esferas... ¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

Pero ahora ya sé que tanto mi humilde persona como todos aquellos que hemos juzgado el acto de aquel representante del país hemos confundido los colores, creyendo ver el color *serio* y el color *transcendente* y el color *irreligioso* donde no hay más que uno solo: el color *puerilidad*.

Así también se ha juzgado hasta hoy con injusticia notoria, se ha señalado á la mofa y á la execración pública y se ha calumniado inconscientemente á muchas eminencias, porque de sus actos resultaba un cúmulo de contradicciones, de torpezas, de acomodamientos con la conciencia, de nebulosidades, de defecciones, de cobardías, de *irregularizaciones* de carácter, etc., etc. Ahora ya podemos hacerles justicia (en el sentido recto de la frase); ya sabemos que se les ha mirado como miran los daltónicos, viendo en esos hombres públicos colores que no existen en el espectro solar de sus caracteres. No hay en ellas color *apostasia*, ni color de *medro personal*, ni color *rebelde*, ni color de *sangre*, ni siquiera color de *carne*: no hay más que un color: color *político*. ¿Qué tiene que ver este color con las virtudes, ni con las nobles cualidades, ni con los puros sentimientos?... Todo aberración, por efecto de la discromatopsia social.

Con estas ligerísimas nociones de mi nueva teoría, que, como he dicho, me propongo explicar en un voluminoso tratado, basta para conocer el alcance de mi descubrimiento, todavía embrionario, pero que está llamado á producir, ya que no una revolución, cuando menos un *pronunciamento* filosófico.

Termino apresuradamente estos apuntes para dedicarme sin perder momento á mi grave tarea. No me juzquen ustedes hasta poder hacerlo con pleno conocimiento de causa. Y, sobre todo, no olviden al juzgarme que pueden ustedes estar atacados de daltonismo, y en este caso pudieran equivocarse de colores, porque los daltónicos confunden fácilmente el color *sabio* con el color *loco*.

BEAS.

## LOS GRABADOS

### LOS DOMADORES DE SERPIENTES

Cuadro de Fortuny.

Los dos pintores modernos que han logrado tener verdadero carácter, aunque muy diferente entrambos, han sido Rosales y Fortuny. Ninguno de los dos, que han muerto jóvenes, han dejado escuela, porque era tanta la originalidad de su genio que no consentían rivales ni discípulos, por más que hayan tenido muchos imitadores. De estos dos pintores, indudablemente el de más genio era Rosales, justamente el de menos fama, pues Fortuny, que alcanzó mucha, era un pintor más brillante que sólido, más colorista que dibujante, más bien pintor de *género* que pintor de *historia*. En cambio el autor del *Testamento de Isabel la Católica* era un pintor de altas concepciones, de genio sólido, de pincel grave y majestuoso, un pintor de los siglos pasados más que del presente; Fortuny era el Becquer de la pintura.

Entre sus cuadros hay muchos de costumbres moriscas, porque en Granada y en Tetuán supo ver como pocos la parte pintoresca de las costumbres y tradiciones, de los trajes y monumentos árabes, recogiendo en su paleta la luz brillante del sol meridional, que tan al vivo refleja el carácter de sus habitantes.

Nuestro grabado reproduce uno de sus cuadros, de esos cuadros que se han vendido á precios fabulosos, *Los domadores de serpientes*, en el cual aparecen retratados los tipos marroquíes, con sus trajes de mil colores, su habitual indolencia y su aspecto rudo y original. Claro está que los cuadros de Fortuny pierden mucho sin el color, porque en este punto, según hemos dicho, es donde resplandece una de las más incomparables cualidades del insigne Fortuny.

### EL MAR DE GALILEA

Aunque ninguno de los mares del mundo es mayor en fama y recuerdos venerables que el de Galilea, sin embargo, ninguno más pequeño; tanto que si no fuera por sus recuerdos, sería un simple lago, insignificante en la geografía del Asia.

Pero el mar de Galilea ha sido donde se han obrado los más estupendos milagros del Evangelio; en sus aguas se retrató cien veces el divino rostro del Salvador, y allí fué donde los apóstoles aprendieron el arte de la pesca, que luego habían de ejercitar en la conversión de las almas y en la salvación del mundo. El mar de Galilea llámase también de Tiberiades, y es un lago, como decimos, de corta extensión, encajonado entre las montañas de la Palestina, hoy áridas, pedregosas y desiertas.

Los viajeros que ahora la visitan ponderan la tristeza que reina en sus orillas, como si todos aquellos lugares estuviesen condenados á perpetuo duelo por la Pasión del Señor, que tuvo allí su morada y su sepulcro. Toda la Palestina es triste, y lo que únicamente hace grato su aspecto son los recuerdos sagrados que atesora. «Cuando se viaja por la Judea, dice Chateaubriand, al principio se siente el hastío; pero cuando se pasa de soledad en soledad, y se ve el espacio sin límite alguno, poco á poco se disipa el fastidio y se siente un secreto terror que, lejos de abatir el alma, da nueva elevación á sus ideas. Aquellas perspectivas tan extraordinarias anuncian por todas partes una tierra tantas y tantas veces milagrosa: el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura están allí. Cada nombre contiene un misterio; cada gruta manifiesta el porvenir; cada cima de un monte resuena con la voz de un profeta. El mismo Dios habló en estas riberas; los arroyos secos, las rocas hendidas, los sepulcros entreabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece todavía inclinado por el terror, y diríase que no se atreve á romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno...»

### PUENTE SOBRE EL TAJO DE RONDA

Hé aquí una de las vistas más pintorescas de España. La ciudad de Ronda está situada sobre dos montañas separadas entre sí por un profundo barranco que apenas tendrá veinte pies de anchura. Pone en comunicación estos dos barrios de la ciudad un puente de un solo arco, que parece desafiar la boca del abismo, por el cual se precipita un río, mugiendo entre las rocas. Este puente existía ya en la época romana, como lo acredita una parte de su fábrica; pero posteriormente ha sido varias veces restaurado. Desde el pretil del puente se percibe una vista sorprendente de las más originales de España. Se ha dicho que Ronda es el Tivoli de España; pero nosotros, que conocemos ambos lugares, rechazamos la comparación. Ronda es cosa muy diferente de Tivoli. La naturaleza se ofrece en nuestro paisaje más grandiosa y más imponente, mientras que en el de Italia es más graciosa y rica en monumentos. El tajo de Ronda es de los paisajes más sorprendentes de Europa.

### EL CAIQUE DEL BÓSFORO

El caique es una lancha estrecha de veinte á treinta pies de longitud y dos ó tres de anchura, y construida de nogal bruñido y reluciente como la caoba: la proa es aguda como el hierro de una lanza, y corta el mar como un cuchillo. Su estrechez la hace muy peligrosa para los europeos, que no están habituados á ella, pues zozobra al menor balance ocasionado por una pisada mal sentada. Es preciso estar tendido como los turcos en el fondo del caique, y cuidar de que el cuerpo guarde el equilibrio. Los hay de varios tamaños que pueden conducir de una hasta ocho personas; pero todos tienen la misma figura. En el puerto de Constantinopla hay millares de ellos; además de los que se alquilan al público, los particulares tienen los suyos, pues el que tiene negocios en varios puntos de la ciudad se ve obligado á atravesar el mar muchas veces al día. Los remeros de estos caiques llevan pantalón ancho blanco de grandes pliegues, atado por la cintura con faja carmesí, y á la cabeza un gorro griego de lana encarnado, con una bellota de seda que le cae por detrás. El cuello y el pecho van desnudos, y una camisa ancha de seda cruda con las mangas colgando le cubre los hombros y los brazos.

## LOS TORIBIOS DE SEVILLA

(Conclusión.)



N Metray, al entrar un joven, se usa con el un lenguaje simbólico. Un empleado de la casa le enseña las manos, cubierta la una de suave guante, la otra con férrea manopla, y luego dice al acogido: aquí tenemos estos dos guantes, que usaremos contigo según tú quieras: si te portas bien, el suave; si no te enmiendas, este otro.

En los Toribios de Sevilla, cosa notable, el régimen era completamente republicano mientras vivió su pobre fundador el Sr. Toribio, y no puede menos de admirarse que pudiera existir tal forma de gobierno en una casa de aquel género, dada la calidad de sus alumnos. La práctica al tiempo del

ingreso era notable por su sencillez, y no se puede menos de tomar en cuenta, pues caracteriza al establecimiento. Allí se formaba un jurado de los mismos muchachos asilados, cómplices quizás en las travesuras del recién venido; se denunciaba y juzgaba á éste, y no solamente le juzgaban, sino que desde luego le aplicaban la pena. Conviene oír al autor del memorial en su lenguaje sencillo: «La primera diligencia que se hacía cuando venía alguno nuevo á casa, era juntar toda la Comunidad en una pieza que para este efecto estaba destinada y se llamaba la *Sala de Comunidad*. Allí se ponían todos sentaditos en el suelo en dos filas, presididos de su humilde jefe, que, sin distinción ninguna, se sentaba en el suelo como ellos; al recién venido le ponían frente al hermano Toribio y de rodillas. Este le preguntaba ante todo la doctrina cristiana y se enteraba de lo que sabía, y más comunmente de lo que no sabía. En seguida preguntaba á los presentes lo que sabían de su vida. Referían los presentes sus vicios y travesuras, y se le formaba una especie de sumario en juicio oral.» Era aquel un jurado en su primitiva y más ruda sencillez, como institución propia de las civilizaciones nacientes, que, pulimentándola mucho, puede llegar á serlo en algunos casos de los pueblos más adelantados.

Consultaba en seguida el tío Toribio la sentencia, desencadenábanse contra el novato las iras populares. Los improvisados jueces, quizás antiguos cómplices, propendían á la máxima anglo-sajona *pectet cum corio* «el que no pague en dinero que lo pague con su cuero», y recetaban penas con *no poca crueldad*, según dice la Memoria, la cual añade: «Pero nuestro hermano, con su piedad innata, moderaba los rigores; decíales con el más dulce agrado que todo aquello sería conveniente y necesario si aquel pobrecito hubiera sido antes amonestado ó reprendido.» ¿Cuánto saber y cuánta delicadeza encierran estas palabras!

«Concluía, añade, exhortando al arrepentimiento y á la enmienda, y remitiendo los castigos para cuando su incorregibilidad los hiciese indispensables; pero siempre de pronto, y para la recepción, se le daba una disciplina, que era la propina de que ninguno se escapaba en su entrada, y se le señalaba el último lugar entre sus hermanos.»

Para calcular el gran número de los que fueron asilados allí, baste decir que un tal José Cabrera, que tenía la devoción de servir de padrino en el sacramento de la Confirmación á los pobres recogidos del hermano Toribio, aseguraba que lo había sido de más de 800.

El tío Toribio no descuidaba la estadística en medio de la sencillez y pobreza con que estaba montado su establecimiento: llevaba con esmero su registro de entrada y salida, con los nombres y apellidos de los asilados, y su índice alfabético, y noticia de la patria y padres de ellos.

Cuando salían á misa y á pedir limosna, iban de dos en dos, llevando uno la Cruz y presididos por el hermano Toribio, que llevaba un canastillo al brazo donde recoger la limosna, y decía de cuando en cuando: «¡Den limosna por Dios á estos pobrecitos!»

Dos de los mayores llevaban unas espuelas donde recogían pan, fruta y legumbres «que era muy abundante, dice la Memoria, porque los vendedores conocían el beneficio de haberles quitado tantos ladronzuelos».

A veces los llevaba á los patios del palacio arzobispal y del conde de Ripalda, Asistente de Sevilla, y allí les hacía decir la doctrina cristiana en alta voz. El Arzobispo solía salir al corredor para autorizar aquel acto, les daba su bendición, y de paso no faltaba la abundante limosna. El mismo Asistente no se desdeñó de bajar alguna vez á inspeccionar los pobres alumnos del hermano Toribio, y así se explica que, sin darle autoridad oficial para recoger á los jóvenes, la tuviera moralmente, y la sanción pública supliera por la autoridad oficial.

Los frailes Dominicos, los Jerónimos y otras Comunidades llevaban algunas veces á los pobres muchachos á comer á sus conventos, y les permitían solazarse en sus huertas, lo cual, para ellos, era ocasión de premio y esparcimiento.

En ocasión en que la Corte estaba en Sevilla hubo de llamar la atención del Rey y de la real familia la procesión de los Toribios. Encantó al Monarca la noticia de la fundación, y aún más al infante D. Carlos, después D. Carlos III, que, cuando subió al trono, recordó más de una vez con placer la grata y dulce compostura del hermano Toribio, que había admirado en Sevilla.

Pidió éste al Monarca algún favor por conducto del duque de Santisteban, uno de sus protectores, á fin de tener mejor casa donde poder acoger más número de niños. El Rey mandó al Cabildo secular proporcionar sitio, y dió además 2.000 pesos. Tan



pronto como los tomó el tío Toribio fué con dos niños á entregárselos al Arzobispo, para que se los guardara, pues jamás quería tener caudales en su poder, no sólo por seguridad, sino por alejar de sí toda idea de codicia ó malversación.

Notable era la distribución del dormitorio: tenía su cama el tío Toribio en un ángulo de la sala, desde donde dominaba las cuatro filas de camas, ó de camastros provisionales, pues no siempre había cama para todos. La del Sr. Toribio era igual á la de los niños y, por lo común, más pobre de ropa.

Observando esta distribución un caballero, que apreciaba á nuestro montañés y se interesaba por la casa, hubo de decirle que cómo se atrevía á dormir con tanta confianza en medio de aquel centenar de chicos aviesos, groseros, mal educados y peor inclinados.

— Señor, no hay por qué temer — le respondió el hermano Toribio.

— Pero ¿qué defensa tiene si alguno, ó algunos, se proponen á una insolencia?

— Es cierto, señor, que cualquiera muchacho de éstos podrá matarme á cualquier hora del día ó de la noche, pero Dios no lo permitirá mientras yo cumpla bien con el ministerio que ha querido encargarme.

¡Cuán bello y dramático es el caso del torero de Madrid, corregido en los Toribios por los chicos del hermano Toribio! Es un caso que hace reír y hace á la vez llorar de ternura. El torero se empeña en arrancar del establecimiento del tío Toribio á un chicuelo vago y holgazán, á quien su madre, viuda, con torpe cariño quiere echar á perder más de lo que está. El caso era fuerte, pues, á la verdad, arrancar un chico de los brazos de su madre sin autoridad para ello, es más, y aun con autoridad civil para ello, siempre es cosa dura. El torero lo comprendía así, y se comprometió á hacerle justicia á la viuda contra el *tirano de los chicos*.

Preséntase en la casa de albergue y corrección, y exige se le entregue el chicuelo de la viuda. El tío Toribio se niega á ello diciendo que el muchacho no está todavía corregido y que ignora la doctrina cristiana. El torero insiste y amenaza; el montañés le aconseja que no se exaspere ni propase, porque «los chicos que hay allí son demasiado traviesos y pueden faltarle al respeto»; y así sucede, pues al ver ellos que aquel hombre alza la mano sobre su bienhechor, se abalanzan sobre él como trahilla de perros, le acosan, le derriban, le golpean, le obligan á arrodillarse y le sujetan á su jurado. Consistía éste en sentarse en el suelo, pues sillas no había, en dos filas, y estando el hermano Toribio á la cabeza y sentado asimismo en el suelo, según ya queda dicho.

El pobre torero comprendió que se había metido en un mal paso, y que era más fácil matar á un toro que sobreponerse á cien pilletes como cien lebreles.

Rabioso y despechado estuvo durante dos días y en la situación que puede presumirse. Debió chocarle que su inesperado cautiverio se prolongase tanto: al tercer día hubo de capitular y el hermano Toribio principió también á ceder con respecto á él. Háblale llamado el duque de Arcos, protector del torero, y la dulzura y modestia del tío Toribio le impusieron de tal modo que, en vez de tirarle por el balcón á lo Segismundo, como pudiera temerse, dado el carácter y las circunstancias, cuando aquél le ofreció traérselo, «aunque no estaba corregido y arriesgaba su alma», el duque no se atrevió á exigirle, ni tampoco insistió en que le devolviese al torero, que á sus expensas había traído de Madrid.

Salió en su día el torero de la casa de corrección, y toreó con aplauso del pueblo y de los aficionados. Con general sorpresa, al concederle el primer toro que mató, lo regaló á sus, digámoslo así, *condiscípulos*, manifestando de ese modo que no guardaba resentimiento por lo que había pasado.

El suceso, en su conjunto y en sus detalles, viene á ser tan chocante, que hoy apenas lo comprendemos, dadas nuestras ideas y costumbres. Pero ello es que sucedió así: el memorial á Carlos III lo refiere minuciosamente y no se puede poner en duda. Se imprimió pocos años después de la muerte del Sr. Toribio, viviendo los que fueron testigos de ello y que pudieran desmentirlo.

No es menos notable el apéndice de aquel suceso.

Pocos días después, al regresar el torero á Madrid, tropieza en el camino con el tío Toribio y sus dos acólitos, que iban á Carmona en busca de un fugitivo. Asístanse los muchachos al ver al torero y quieren huir, pero aquél los tranquiliza con la paz del justo. En su buen corazón, incapaz de rencor y venganza, ni aun concibe que el torero quiera vengarse. Por eso, semejante al varón justo que describe el poeta pagano,

Si el mundo se hubiera desquiciado,  
Impávido quedaría entre sus ruinas.

Y en efecto, llega el torero, saluda cariñoso al tío Toribio, y no solamente no le insulta, cuando tan fácil fuera el desquite, sino que le ofrece su caballo. Aquél no lo acepta; hace siempre sus viajes á pie, al estilo apostólico y franciscano; insiste el torero, resiste el montañés, y aquél, no queriendo darse por vencido, se apea de su caballo, porque no debe ir montado cuando el Sr. Toribio va á su lado á pie. Y ¿qué dirían en el pueblo si le vieran á caballo, cuando el Sr. Toribio iba á pie?

¡Qué rasgo de ternura y delicadeza brota de aquella alma bronca y dura, cual flor delicada cuyas raicitas han hallado un poquito de tierra entre las hendeduras de una roca! La corrección del torero por los chicos del tío Toribio y el grotesco jurado infantil nos han hecho reír, y ahora la noble delicadeza del torero agradecido, francamente, casi nos hace llorar. Confieso que, al leerlo por primera vez, no pude menos de enternecerme.

El bueno del Sr. Toribio Velasco murió en 1730. A su muerte se vió en Sevilla esa aclamación popular que se nos describe en la muerte de los Santos, que es preciosa por lo común, no sólo en la presencia del Señor, según el lenguaje bíblico, sino también á los ojos de la Iglesia y del pueblo cristiano. La del Sr. Toribio lo fué también de ricos y pobres, del clero y la gente del pueblo, de los hombres de bien y de los mismos burladores de la virtud, siendo preciso enviar un piquete de tropa para conservar el orden alrededor de su modesto féretro. En su testamento dejaba dispuesto lo necesario para el arreglo de la casa correccional, en que había por entonces hasta 150 muchachos.

Por la muerte del hermano Toribio y por alguna indicación de éste, y con el beneplácito del Arzobispo, que aceleró su regreso á Sevilla para cuidar de que no se perdiera el establecimiento, quedó encargado de la casa el hermano Antonio Manuel Rodríguez, uno de los oficiales que tenía en ella para enseñar á los niños los oficios de zapatería, carpintería y otras industrias á que los dedicaba.

Á la muerte del hermano Toribio sólo había un telar de paños que servía para fabricarlos á fin de arropar á los acogidos; había además talleres de carpintería, sastrería y zapatería con el mismo objeto. El hermano Antonio puso otro de mantas, y luego concibió el proyecto de aumentar otros telares, no sólo para proveer á las necesidades de la casa, sino para vender telas, de modo que la casa pudiera sostenerse por sí sola y con recursos propios.

Al efecto añadió dos telares más de paños gruesos, uno de bayetas, y talleres de herrería, cerrajería, cuchillería y latonería. Hizo que otros chicos aprendiesen el oficio de albañiles y, pasando más adelante, trajo maestros de dibujo, pintura y grabado. De aquella escuela salió Tadeo Moreno, uno de los mejores grabadores de Sevilla en el siglo pasado.

Aunque con algunas contradicciones, la casa correccional comenzaba á gozar de algún desahogo. Algunos de los asilados preferían, después de educados, el servicio en el ejército y la marina á servir en artes mecánicas, y en este caso se les facilitaba el alistamiento como voluntarios. «En dos ocasiones en que había falta de gente para el servicio militar, propuso el hermano Antonio á sus niños la bella oportunidad que se les presentaba para servir con honra á su Rey y á su patria y compensar así los escándalos que habían dado. En la primera salieron para la marina 30 y en la segunda 33, que fueron muy útiles.»

Hasta 250 asilados llegó á contar la casa. Añadióse á éstos una nueva especie de corrigendos con el nombre de *ejercitantes*. Varios padres de familia, que tenían hijos díscolos, indóciles y completamente desaplicados, pidieron por favor se admitiese entre los Toribios á sus hijos, pagando pensión. No se les ponía á oficio, pero se les hacía servir en los oficios humildes de la casa, y asistir á los actos de piedad y devoción de ella, que eran frecuentes, y alternados con el trabajo material, tanto que había oración continua en ella, ó *laus perennis*, turnando para ello los acogidos de tres en tres para visitar al Santísimo.

El establecimiento marchaba viento en popa: no se necesitaba ya más que dirigirlo tal cual iba, continuándole el favor. Si en las autoridades hubiesen existido el celo, el tacto, la bondad y la inteligencia que en las anteriores, nada hubiera sido más fácil que dejar prosperar aquella casa, con la sencilla máxima del *laissez faire, laissez aller*. Quizá hubiera podido llegar á ser casa matriz, de donde hubieran salido sujetos de celo, inteligencia, laboriosidad, sencillez, caridad y modestia, que, habiendo visto los resultados de estas virtudes en los

dos *pobres hombres*, el Sr. Toribio y el hermano Hernández, hubiesen planteado establecimientos análogos en Cádiz, Málaga y otros puntos de Andalucía, y aun de otras provincias, donde ya había conatos de plantearlos.

Pero, lejos de eso, entró la emulación. Se dijo, y se hizo creer, que un establecimiento que había llegado á tener tal importancia, y en que principiaban á ingresar tantos caudales, no debía estar manejado por un *pobre hombre* como el hermano Antonio. Que para mayor autoridad, decoro y respetabilidad debía ponerse al frente algún sujeto caracterizado; y, en efecto, se encargó la dirección á uno que lo miró como *modus vivendi*, y lo tomó para tener él colocación, según da á entender el autor del Memorial en las pocas y embozadas frases con que habla de la ruina de aquel establecimiento. Es decir, que sucedió lo que siempre en España: el *personalismo*, en vez de dar *hombre* al establecimiento, destinó el establecimiento para un hombre. El hermano Hernández tampoco tuvo la resignación y humildad suficientes para sufrir aquel agravio. Dejó el establecimiento con honradez, y acreditando que salía de él pobre y menesteroso, y menesteroso y pobre murió algún tiempo después, y muy oscuramente.

Puede calcularse que el hermano Antonio tenía más inteligencia que el Sr. Toribio, pero menos virtud y mucha menos humildad. El que los sucedió ni tenía celo ni inteligencia, y en menos de ocho años echó á pique el establecimiento, y se le acabó á él con eso el beneficio simple y el *modus vivendi*. ¡Triste y doloroso ejemplo, que debió servir de escarmiento y de lección! Quizá hubiera sido lo mejor volver á llamar al hermano Antonio, si es que vivía; pero esto hubiera sido confesar un error y cantar la palinodia, lo cual nunca se hace sino por una virtud eminente ó por una coacción moral ineludible.

Entonces, á falta de *hombre*, se acudió al remedio heroico de España, *las Comisiones*; para que hicieran entre quince ó veinte, tarde, pesadamente, á duras penas y no del todo bien, lo que antes habían hecho dos *pobres hombres*, uno en pos de otro. Así y todo, por lo que se desprende de la Memoria, el estado de la casa correccional no era muy satisfactorio hacia el año 1766.

Y después, ¿qué fué de la casa de los Toribios? Sabemos que continuó, sabemos también que allí se llevaba á los jóvenes incorregibles, y que el régimen era duro y de mano fuerte. Sabemos que, de resultados de algún suceso ruidoso y aciago, ocurrido en alguna casa religiosa en 1829, fueron enviados allí ciertos religiosos jóvenes de carácter díscolo, alguno de los cuales después dió bastante que hacer en Alcalá y Madrid hacia los años de 1834 á 37, pues volvió poco corregido. No es grato el recordarlo.

Resulta, pues, que la casa ó establecimiento correccional de los Toribios tuvo tres períodos ó caracteres distintos, según aparece de la Memoria presentada al Rey en el siglo pasado.

En el primero, que sólo dura unos seis años y á cargo del Sr. Toribio, hallamos el origen y el desarrollo de la primitiva idea, viviendo con pobreza, á expensas de la caridad, pero ejercitando un caudal mayor de caridad propia, discreción, paciencia, dulzura y modesta pobreza (1723-1731).

En el segundo período, de nueve años, el establecimiento corre á cargo del hermano Antonio, cambia el carácter del establecimiento, y de hospicio caritativo y correccional se convierte en taller correccional, procurando que viva de sí mismo y no solamente de la caridad.

En el tercero, decaído el establecimiento por haber sustituido el interés privado á la caridad, humildad, laboriosidad é inteligencia de los dos períodos anteriores, falta el *hombre*, el primer motor, y hay que sustituir la unidad con la pluralidad, al *hombre* con la *comisión*, al Sr. Toribio y al hermano Antonio con treinta personas escogidas entre el clero superior, la magistratura y la aristocracia de Sevilla, es decir, que cada uno de aquellos *pobres hombres* valían para el caso por treinta *hombres ricos*; ¡tal era su valía! Y si los treinta ricos hubieran alcanzado á ejecutar lo que durante aquellos quince años ejecutó cada uno de aquellos *pobres hombres*, hubiera sido cosa de elogiarlos y aplaudirlos!

Y aun así ¡Dios habrá premiado la caridad de todos ellos! Hoy día ya no existe más que el recuerdo de aquella institución que en 1834 era objeto de terror para unos y de ridículo para otros; y en Sevilla enseñan el local donde estuvo la casa de los Toribios, que unos recuerdan con benevolencia echándola de menos, y otros persiguiendo su memoria con anécdotas ridículas, y á veces terroríficas.



cas, según la pasión ó las opiniones del narrador, y á veces las del auditorio, al que se adula, pues á veces los que hacen alardes de no adular á un trono adulan á las tabernas.

VICENTE DE LA FUENTE

## EL ARTE DE GRABAR

SUS PROGRESOS Y SUS DIAS DE GLORIA Y DECADENCIA I

**E**l origen del grabado se pierde en la oscuridad de los tiempos. Los más antiguos monumentos testifican esta verdad inconcusa: las pirámides y los obeliscos egipcios, las pagodas del Indostán, los templos idólatras de todos los países y edades más remotas, los sepulcros de tiempos casi fabulosos, todo está publicando bien alto, con sus jeroglíficos y sus figuras alegóricas grabadas en piedra, que este arte es uno

I Extractamos este interesantísimo estudio de un discurso académico del ilustre grabador y católico que lo suscribe.

de los primeros que han cultivado los hombres, y del que se han servido para entenderse sin el auxilio de la palabra, y transmitir sus ideas á las generaciones posteriores. Desde donde alcanza la historia antigua hasta el tiempo de Gutenberg, la vida de la humanidad está escrita en piedra, está grabada.

Admiración causa considerar cómo á los antiguos, y singularmente á los griegos, que á tanta elevación llevaron este arte; que grabaron sus leyes, sus ritos, sus batallas; que esculpieron sobre piedras preciosas y sobre metales con el mejor gusto; que abrieron las medallas del más delicado trabajo, no se les ocurriera ni copiar con el buril sus admirables cuadros, ni sacar pruebas de lo que grabaron, concretándose únicamente á emplear alguna vez como medios de la reproducción la escultura y el dibujo en contorno.

Si los antiguos hubiesen conocido aquella aplicación del arte, las sabias y memorables obras de los Timantes y Apeles se hubieran librado de la mano destructora del tiempo, y habrían llegado á nosotros como han llegado las de Homero y Virgilio. Con el grabado las grandes obras de pintura y escultura se aseguran contra las injurias del tiempo, se generaliza su conocimiento y su fama se extiende al orbe ente-

ro. Sin Marco Antonio, el mérito de los cuadros del divino Rafael sería menos conocido y admirado. Si el buril de Fontana no se hubiera anticipado á legar á la posteridad la batalla de Cadora, célebre cuadro del Ticiano, hubiérase perdido su memoria, como se ha perdido la de tantas otras joyas del arte devoradas por las llamas en el Pardo y en el antiguo alcázar de Madrid.

El grabado puede transmitir á todos los países y á los siglos venideros el estado de las ciencias naturales, físicas y matemáticas y las artes todas, crear escuelas en donde no haya ni cuadros ni maestros, y poner de manifiesto á las edades futuras el mérito de los artistas, para que en todas se pueda estudiar por sus obras, aunque hayan desaparecido todos sus cuadros. El grabado hace propiedad de todos los países las bellezas de la arquitectura, reuniendo en una ciudad la imagen fiel y perfecta de cuantos magníficos edificios hermosean el mundo: conserva del mismo modo las ruinas de los que el tiempo ha destruido, y reproduce las obras de escultura facilitando su imitación.

Las descripciones que el poeta ó el literato pudieran hacer de un cuadro no serían más que expli-

## RECUERDOS DE TIERRA SANTA.



EL MAR DE GALILEA.

caciones, muy útiles ciertamente para los que hubieran visto el cuadro mismo, pero del todo ineficaces para los que no lo hubiesen conocido, siendo absolutamente imposible por sola aquella descripción reproducirlo con el pincel sin haberlo tenido á la vista. Luciano ha dejado descrito muy circunstanciadamente un célebre cuadro de Apeles, en el cual presentó simbólicamente el pintor, por medio de una ingeniosa alegoría, el casamiento de Alejandro con la hermosa Roxana. Rafael de Urbino y algunos otros artistas distinguidos han intentado reproducir aquel cuadro según la descripción de Luciano, y todos al fin han tenido que desistir de tan ardua empresa. ¡Tan difícil es penetrar en la mente de un artista sin ver sus producciones!

El grabado, asociándose á las artes primitivas, las ilustra y difunde sus luces de una manera extraordinaria. Si no todos pueden visitar á Roma ni á Corinto, á cualquiera le es fácil poseer las riquezas artísticas de Corinto y de Roma. Merced al grabado no serán el San Ildefonso de Murillo ni el Baco de Velázquez, joyas encerradas en el Museo de Madrid, desconocidas de los que no puedan visitar este tesoro del arte; los buriles de Selva y de Carmona han llevado

á todas partes esas dos obras de nuestros dos más célebres maestros. La media naranja de la escuela de Bellas Artes de París, que immortaliza á Paul Delaroche, no será patrimonio exclusivo de la capital del imperio francés, porque Enrique Dupont ha popularizado su conocimiento, y cualquiera puede contemplarla sin pisar el territorio de Francia. Gracias al buril de Volpato, todos, sin ir á Roma, podemos admirar los frescos del Vaticano, pintados por el divino Rafael, así como cualquiera puede estudiar la Sagrada Familia de este pintor inmortal en el bellísimo grabado de Jacobo Frey sin necesidad de ir hasta el Museo del Louvre.

No habiendo los griegos, ni sus imitadores los romanos, acertado á descubrir la estampación de sus grabados, no esperemos hallar este fecundo descubrimiento en los campos talados, en las ruinas de las ciudades asaltadas, en las lagunas de sangre con que señala la historia el principio de la dominación de las razas del Norte en Occidente, ni en la época de horrores y calamidades con que cubrió á la Europa el feudalismo.

Preciso es acercarnos á tiempo más libres y pacíficos para encontrar la estampación del grabado. El

siglo xv, tan fecundo en grandes descubrimientos, debía serlo también de éste, y lo fué en efecto.

La historia de esta utilísima aplicación del arte toma origen del grabado en madera de los moldes para los naipes, ó cartas de juego, cincuenta años por lo menos antes de igual aplicación al grabado en dulce. A esta fecha se remonta el uso de los naipes en Alemania, y á la misma la iluminación ó colorido, que se hacía recortando moldes para cada color. Después de los naipes, la primera estampa que la historia reconoce es la que se conserva en la biblioteca de Burheim, en Suavia, monasterio de los más antiguos de la cristiandad. Representa esta estampa al Niño Dios llevado en hombros de San Cristobal, atravesando un río: delante del Santo se descubre una ermita, y detrás un hombre de espaldas, con un saco al hombro, subiendo una montaña. Esta estampa se guarda en un libro impreso en el siglo xv, y tiene una inscripción en caracteres góticos con la fecha de 1423. Siete años después ya se encuentran en la Biblia llamada de los pobres, no solamente muchas letras iniciales grabadas en madera, sino algunos asuntos de la misma Biblia. El grabado en madera se adoptó en Roma hacia





PUENTE SOBRE EL TAJO DE RONDA.



1467 para ilustrar el libro de las *Meditaciones* del cardenal Turrecremata, y en Verona en 1472 para la obra militar de Roberto Valturrius. Sin embargo, hasta mediados del siglo XVI no tuvo verdadera importancia el grabado en madera. Por esta época grabó Alberto Durero dibujos de tan admirable belleza, que Marco Antonio, Lucas de Leyden y algunos otros célebres grabadores, no sólo procuraron imitarlos, sino que los falsificaron, y hasta suplantaron en ellos la firma de Durero.

Los primeros grabadores en madera, lo mismo de naipes que de estampas, como no acostumbraban firmar sus obras, nos son en su mayor parte desconocidos. Los nombres que con alguna seguridad conserva la historia del arte, son: Guillermo Plydenwourf, Miguel Wolgemut, Mateo Pasti, Mecherino di Siena, Domingo de la Grechi, Domingo Campañola y algún otro hasta Hugo da Carpi, cuyo superior talento hace época en el grabado.

A mediados del siglo XV verificábase en Florencia otro gran descubrimiento. El platero Tomaso Finiguerra, sacando moldes con azufre ó barro de los objetos grabados y tallados en su obrador, observó que los moldes mismos imprimían sus obras; repitió el experimento con láminas de plata en papel húmedo, y obtuvo el mismo resultado. Comunicó entonces su descubrimiento á Bacio Baldini, hábil platero también, y en los ensayos que éste hizo logró las mismas pruebas que aquél. Pasó después este hecho á conocimiento del célebre Mantegna, que dió al arte con su famoso Triunfo de César la primera estampa que posee de verdadero mérito. La lámina grabada en dulce por Finiguerra, que dió las primeras pruebas estampadas, fué una Paz de plata destinada á la iglesia de San Juan de Florencia, que se conserva hoy en aquel museo, y representa la aparición de la Virgen, con muchos Santos al pie. Una prueba de esta lámina existe hoy en la Biblioteca Nacional de París y otra en la del Arsenal. Ejerció este arte naciente, entre algunos otros grabadores de menos nombradía, el célebre Buonmartino, que le comunicó á Alberto Durero, quien le introdujo en Flandes.

Durero dió la primera muestra de su genio en la estampa de las Gracias, que va á la cabeza de su magnífica colección, la cual consta de 162 piezas, todas de sobresaliente mérito. La corrección del dibujo, el estilo italiano y la novedad más que todo, extendieron su fama, colocándole sobre Martín de Amberes, que hasta entonces había ocupado el primer lugar entre los flamencos. Admirado Durero de ver su estilo y hasta su propia firma en estampas que no eran suyas, trasládase á Venecia para quejarse ante el Senado de Marco Antonio, correcto dibujante y hábil platero, falsificador de sus grabados. A la vuelta á su patria encuentra en Lucas de Leyden un émulo poderoso, que, aunque menos dibujante, más atrevido en la composición, hacía ya sombra á su crédito. Trabajan á competencia, sin envidia, estos dos grabadores, y Lucas con su estampa del Avieso y Durero con la de la Melancolía, se constituyeron jefes de la escuela de los Países Bajos. El tratado de *Proporciones* de Alberto Durero demuestra que lo mismo poseía la teoría que la práctica del arte. Esta obra ha sido traducida en casi todos los idiomas de Europa.

Dotado Alberto Durero de un genio privilegiado, aventajó á todos los artistas de su país; y Basari afirma que, si hubiese nacido en Toscana, hubiera sobrepasado á los primeros grabadores de Italia. Sandrart cita entre las estampas de Durero un pequeño Ecce-Homo, de 1515; Jesús en el monte de las Olivas, de 1516; los Angeles de la Pasión y el gran Canon, de 1518; añadiendo que estos grabados estaban hechos con demasiada perfección para que el procedimiento del agua fuerte no estuviese puesto en uso antes de 1515, ya fuese por el mismo Durero, su inventor, según opinión de los más fidedignos autores, ó bien por otros grabadores, como algunos suponen. Sin embargo, el buen sistema de grabar al agua fuerte y al buril no se puso en práctica en toda su perfección hasta el siglo XVII. En esta época los Países Bajos y la Francia produjeron artistas que, con el ingenioso método de combinar la punta seca y el buril, dieron un gran desarrollo al grabado, tratando cada asunto con su verdadero carácter. Los grabadores que más sobresalieron en este sistema fueron Cornelio de Visscher y Gerardo Andran.

Alberto Durero formó muchos y buenos discípulos, sobre todo en la viñeta, conocidos hoy con el epíteto de *petits maitres*. El primero de éstos en época y mérito, fué Jorge Penz, pintor y grabador de Nuremberg, que deseando conocer la Italia, fué á Roma, perfeccionándose allí al lado de Marco Antonio. También figuró en el número de estos *petits maitres* Teodoro Bry, de Lieja, que después fué maestro de Mateo Merián y del célebre Wen-

ceslao Hollar, natural de Praga y de ilustre nacimiento como Callot. Habiendo Hollar perdido toda su fortuna al principio de la guerra de los treinta años, y teniendo gran afición al dibujo y al grabado, se retiró á Francfort, perfeccionándose en el arte bajo la dirección de Merián. Desde Francfort pasó á Inglaterra, donde generalizó el gusto al grabado al agua fuerte, y allí conoció el procedimiento llamado *manière noire*. Fué inventor de este sistema un coronel nombrado Luis de Siegen ó Sicheim, dando en 1643 la primer prueba de este género de grabado en una lámina en folio que representa el busto de Amelia Isabel, landgravessa de Hesse. El grabado á la *manière noire* se ha llevado después por los ingleses al más alto grado de perfección, por lo cual se le conoce generalmente con el nombre de sistema inglés.

Por este tiempo brillaron también Schmidt y Wille, los cuales trabajaron, así en París como en Alemania, con aplauso de los verdaderos conocedores, teniéndose como la mejor obra del primero el busto de Mignard, que grabó para su recepción de académico en París. Wille, íntimo amigo de Schmidt, ejecutó un gran número de obras, siendo las más buscadas los retratos de Massé, del mariscal de Loiwendal, del conde de San Florentino y del marqués de Marigni. Otros muchos grabadores hicieron honor al arte en la misma época, que la angustia del tiempo me impide citar como quisiera, si bien no puedo pasar en silencio los nombres de Duncker, Gutenberg y Schnetzer, discípulo de Wille, quien además de muchos y muy bellos retratos, grabó con inteligencia algunos cuadros de Rubens.

Hasta aquí, señores, he ocupado vuestra atención con la referencia de algunos grabadores de los que ejecutaron sus obras con el buril, con preferencia á cualquiera otro método: echemos ahora una rápida ojeada sobre los que combinaron el agua fuerte con el buril. La gloria de haber llevado este género al más alto grado de perfección estaba reservada á Rubens. Este gigante del arte imprimía el sello de su genio sublime á todos los ramos del que cultivaba. Su magnífica casa de Amberes, más bien que la residencia de un particular, era un liceo de artistas. En ella reunió las más célebres notabilidades de los Países Bajos en el grabado, y les hizo ver que con sólo el claro y oscuro se podía reproducir el color. Entre aquellos grabadores citaré preferentemente á Vorstermann, Pontius y Bolswert, como los que mejor aprovecharon las lecciones de tan ilustre maestro. Estos tres artistas grabaron con la mayor perfección muchos cuadros de Rubens y de otros coloristas. Descúbrese en sus estampas la expresión y el carácter que imprimió aquel genio en sus obras, admirándose en ellas sobre todo la magia del claro oscuro y la armonía que reina en los cuadros de Rubens. Tantas dotes reunidas colocan á estos tres grabadores en el número de los más célebres artistas.

Después de Rubens apareció Rembrandt en el mundo artístico. Este hombre extraordinario abrió un nuevo camino así en la pintura como en el grabado, atropellando por todas las tradiciones y el respeto á los modelos antiguos. Sus grabados son un conjunto de buriladas chocándose entre sí, de rasgos sin método ni regularidad, pero con tal valentía y produciendo un efecto tan picante, que arrebató á los inteligentes, considerando que él más que ningún otro se acerca al verdadero carácter del grabado, que representa los objetos por la luz y la sombra. Su estampa del Descendimiento y la llamada de los Cien Florines, testifican la rara habilidad de este eminente artista. En sus obras todo es genio, sin sujeción á lo que se llama reglas del arte. Descúbrese en ellas un toque fácil y atrevido, y una extraordinaria inteligencia para buscar las luces. Su punta libre é indecisa al parecer, no traza línea alguna que no sea un golpe maestro, y su pintoresco y encantador desorden produce de una manera sorprendente el color, la entonación y ese efecto seductor que campea en todos sus grabados. En la ejecución de sus obras se ve un estilo perfectamente nuevo y peculiar suyo, unas veces brusco, otras delicado: la dirección de sus líneas nunca sigue una marcha regular, sino que se cruzan en todos sentidos, resultando de este aparente desorden la rara armonía que hace sus obras tan apreciadas. Son tantas las bellezas que encierran los grabados de Rembrandt, que no dan lugar á parar la atención en las imperfecciones y falta de carácter que pueda encontrarse en ellos. No se busque nobleza ni dignidad en las composiciones de este gran artista; cuidábase tan poco de ellas, como atención ponía en ejecutarlas. Habiendo Rembrandt atropellado las tradiciones y las reglas del antiguo, era muy lógico en su carácter que se burlase también de los artistas que respetaban y estudiaban por aquellas reglas. Estrard, en su biografía, dice que, mofándose del

respeto que los demás artistas tenían al antiguo, los llevaba á su casa, y abriendo á su presencia un gran armario, les decía: « Ahí tenéis mis antiguos », enseñándoles pedazos de telas de fecha inmemorial, pelucas y otros objetos muy singulares, de que estaba lleno aquel mueble. Las paredes de su habitación estaban cubiertas de trajes antiguos, espadas, lanzas y armaduras, enmohecidas por los años.

A pesar de la chocante excentricidad del estilo de Rembrandt tuvo imitadores y excelentes discípulos, distinguiéndose, entre otros muchos que los estrechos límites de este discurso me impiden citar, Fernando Boll, cuyas obras se recomiendan por la verdad y naturalidad de la expresión; Jorge Van Vliet, cuyas cabezas encantan aun hoy á los conocedores; Juan Lievens y Salomon Konink, cuyas fisonomías respiran vida y animación.

Después de estos célebres grabadores no puedo dispensarme de hacer mención especial de Cornelio Visscher, discípulo de Soutman, á quien dejó muy atrás. En la mayor parte de sus numerosos grabados supo reunir todo lo que el buril puede producir de más puro, con lo que la punta seca puede dar de más espiritual y pintoresco. De este admirable conjunto y de efecto tan bello resulta tal vez el más perfecto modelo que puede adoptar un grabador para perfeccionarse en su arte. Las obras de Visscher son hoy muy buscadas, sobre todo las de composición. En la almoneda de Mr. Mariette, la colección de Visscher, compuesta de 172 hojas, se vendió en 3.086 libras.

(Se continuará.)

DOMINGO MARTÍNEZ.

## DOS CAPÍTULOS DE UN LIBRO INÉDITO<sup>1</sup>

*Derecho de la Iglesia á la adquisición y posesión de bienes.*

I



AN inherente al hombre es el sentimiento de la religión, que todos los pueblos del mundo han adorado á Dios y le han rendido culto, aunque por no haber alcanzado á conocer la religión verdadera hayan estado sus prácticas piadosas manchadas por groseros errores. La historia nos dice que en todas partes ha habido templos y altares, sacerdotes y víctimas, fiestas y ceremonias religiosas. Y como el culto á todos interesa, sobre todos pesaba la obligación de contribuir á sus gastos y al sostenimiento de sus ministros según sus medios y facultades.

« Por efecto de una costumbre que se ha extendido tanto como la tierra y es tan antigua como el género humano, dice el célebre Tomasino, los ministros de los templos estaban sostenidos con las contribuciones y las tierras que la liberalidad de los Príncipes y la piedad de los pueblos les habían destinado. Aunque esto sólo era una falsa imagen de la religión verdadera, descúbrese aquí la ley y el instinto de la naturaleza, que ha inspirado una inclinación tan universal y ha impuesto esta indeclinable obligación á todos los pueblos y en todas las edades del mundo<sup>2</sup>. »

En el antiguo pueblo judaico puede asegurarse, sin el menor riesgo de errar, que con las décimas, las oblaciones y las primicias los sacerdotes y levitas del Antiguo Testamento eran más ricos que lo fueron después los eclesiásticos cuando la Iglesia poseía pacíficamente sus bienes. Los habitantes de Judea formaban doce tribus, cada una de las cuales distribuía sus rendimientos anuos en diez partes iguales, y de ellas daba una á los levitas. De modo que como éstos recibían doce décimas partes y las restantes tribus sólo nueve, sus emolumentos excedían al de las demás tribus en una cuarta parte. Pero además debían las tribus dividir las nueve porciones restantes en diez partes iguales, de las que sacaban otra décima para gastarla cuando iban al templo, debiendo invitar á sus comidas á los sacerdotes y levitas. Y aún hay autores graves que hablan de otra tercera décima, destinada en su mayor parte á la estirpe de Leví. Fundábase todo esto en el principio, tan razonable como indisputado, de que los que se dedican al servicio del culto, y el culto mismo, deben estar sostenidos con esplendor y holgura por el esfuerzo

<sup>1</sup> Con el título de *La Desamortización, ó sea la expropiación de los bienes de la Iglesia y de las comunidades religiosas, considerada bajo su aspecto legal, filosófico, económico, científico, literario, artístico, histórico y social*, está escribiendo, y tiene ya muy adelantado, el autor de este escrito un libro que, con el favor de Dios, verá más adelante la luz pública.

<sup>2</sup> *Antigua y nueva disciplina de la Iglesia*, parte III, libro I, cap. I.



y el sacrificio de cuantos lo profesan y practican.

Esta doctrina prevaleció en el reinado de la ley de gracia. Nuestro Redentor Jesucristo y sus primeros ministros, lo mismo que los Santos Padres y los Concilios y Pontífices, sostuvieron el derecho de los sacerdotes á recibir su sustento de los fieles, inculcando la obligación de éstos á suministrárselo, y muy expresamente el derecho de la Iglesia á adquirir y poseer bienes. A demostrarlo con documentos incontestables vamos á dedicar este capítulo.

Cuando Jesucristo envió á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, les encargó que no llevasen oro, ni plata, ni provisiones, dándoles por razón de ello que todo obrero es acreedor á que se le dé su sustento: *dignus est operarius cibo suo*<sup>1</sup>, ó como dice San Lucas: *dignus est mercede sua*<sup>2</sup>. Nuestro Señor iba seguido de santas mujeres, que satisfacían sus gastos y lo mantenían con sus bienes: *ministrabant ei de facultatibus suis*<sup>3</sup>, y de ellas recibía ofrendas, dones y sumas en dinero. Además, Nuestro Señor Jesucristo encargó á sus discípulos que enseñaran á todas las naciones y predicaran el Evangelio á toda criatura; y ¿cómo hubieran podido los Apóstoles, conforme á las órdenes del Señor, pasar de un país á otro, atravesar los mares é ir hasta los más remotos confines de la tierra para anunciar la buena nueva, no habiendo medios de costear su mantenimiento y sus penosos viajes? «Dispuso el Señor, decía el apóstol San Pablo, que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio: *Dominus ordinavit ut qui Evangelium annuntiant, de Evangelio vivere*<sup>4</sup>.» Y en el versículo anterior había dicho: «Los que trabajan en el Sagrario comen de lo que hay en el Sagrario, y los que sirven al altar de él participan.»

Según los cánones apostólicos, los fieles estaban obligados á llevar á los Obispos y á los sacerdotes, á sus propias casas, las primicias de los frutos que recogían, para que las distribuyesen entre los diáconos y demás personas que servían al altar, y los mismos cánones encomendaban á los Obispos el cuidado de los negocios eclesiásticos y el buen empleo de los bienes de sus iglesias. En el mismo sentido se expresaban las Constituciones apostólicas, diciendo que el Obispo ha de emplear, como debe hacerlo un hombre de Dios, los diezmos y primicias que se le ofrecen siguiendo los preceptos divinos, y debe distribuir equitativamente á los huérfanos, á las viudas, á los afligidos y á los extranjeros que no tienen recursos los bienes que espontáneamente se dan en favor de los pobres. Y termina esta exhortación, de la que aquí no tomamos sino pocas palabras, diciendo: «Porque los que están asiduamente dedicados á la Iglesia deben alimentarse con los bienes de la Iglesia.» *Oportet itaque eos qui Ecclesiae assidue incumbunt, ex Ecclesiae bonis nutrirí*<sup>5</sup>. Según estas Constituciones, los cristianos debían pagar las primicias y los diezmos de los bienes que poseían.

San Ireneo, obispo de Lyon, que fué martirizado en el año 202 de la era cristiana, dice: «Bajo la ley antigua, la décima parte de los bienes correspondía á los sacerdotes; bajo la ley nueva, que es una ley de libertad, los cristianos, dispuestos á emplear todos sus bienes en el servicio del Señor, le ofrecen libremente y con alegría lo mejor que tienen, en vista de los mayores bienes que esperan alcanzar de Dios.»<sup>6</sup>

Tertuliano, que floreció en el segundo y en el tercer siglo, y San Cipriano, que murió martirizado el año 258, hablan de las ofrendas que hacían los fieles á las iglesias.

Es de advertir que la costumbre, lo mismo que el derecho que tuvo la Iglesia de adquirir toda clase de bienes, data desde remotos tiempos. Ya en el siglo III daban algunos cristianos fincas á la Iglesia, con la condición de que se las conservase y se empleasen sus frutos en sostener la comunidad y el culto. Y si antes de ese tiempo no existen, que sepamos, donaciones del mismo género, es porque siendo la Iglesia en los primeros siglos de su existencia, no sólo una institución prohibida, sino además cruelmente perseguida, mal podía adquirir bienes que por su naturaleza no podía ocultar á las pesquisas de sus delatores. Esto nos explica que, como acabamos de decir, no comenzase á hacer adquisiciones de inmuebles hasta el siglo III, para lo cual no hubo otra razón, ni religiosa, ni política, que la indicada. Por otra parte, es de notar que las reuniones de los fieles no se celebraban en la plaza pública, ni los sagrados misterios al aire libre; que para las ceremonias religiosas se reunían los fieles en casas particulares, de las cuales una parte más ó menos conside-

rable estaba destinada y apropiada á su uso, fuera de que los Obispos y ministros tuvieron casas especialmente dedicadas á su servicio. En la mitad del siglo III era ya, según Eusebio de Cesarea, tan considerable el número de los fieles, que no bastando las antiguas iglesias se construyeron otras más espaciosas en cada ciudad... *Priscis aedificiis jam non contenti, in singulis urbibus spatiosas ab ipsis fundamentis extruerunt ecclesias*<sup>1</sup>. Y es de crer que cuando la Iglesia había alcanzado ya tan gran desarrollo y tenía una existencia tan visible, fuesen cuantiosas las adquisiciones de bienes que habría hecho.

Ello es que tales adquisiciones existieron, y que hasta la historia de los Emperadores paganos nos ofrece gratos ejemplos del respeto con que en esta parte se la trató, siempre que aquéllos no eran sus decididos enemigos, y sin que sea necesario llegar, para ver tales ejemplos, á los felices tiempos de Constantino. Poco después de la mitad del tercer siglo, ó sea hacia el año 262, condenado por hereje Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, se obstinó, no obstante esta condenación, en ocupar la casa episcopal de la ciudad. Quejáronse de ello los cristianos al emperador Aureliano, y aunque pagano, dispuso que ocupase la casa aquel de los Obispos que estuviese en comunión con el Obispo de Roma y los Obispos de Italia, y Pablo de Samosata fué lanzado por los tribunales de la casa que pertenecía á la Iglesia de Antioquía.<sup>2</sup>

Lampridio, contemporáneo de Eusebio, refiere en la vida de Alejandro Severo que este Emperador mandó restituir á los cristianos, para el ejercicio de su culto, cierto lugar cuya posesión les disputaban unos taberneros, añadiendo que aquel destino le convenía mucho más que el que éstos pudieran darle. *Rescriptis imperator melius esse ut quomodocumque illic Deus colatur, quam propinariis dedatur*<sup>3</sup>. Observemos de paso que la civilización moderna no participa de los gustos de Alejandro Severo, porque, como más arriba hemos dicho<sup>4</sup>, quiere mejor ver los conventos ocupados por presidiarios que por religiosos que canten las alabanzas del Señor.

Pero todavía vamos á ver un testimonio más grato del respeto al derecho de la Iglesia, y un reconocimiento más explícito y solemne de este derecho, en el acto por el cual Constantino y Licinio ordenaron el año 313 restituir á la Iglesia los bienes de que Diocleciano y Maximino la habían despojado. Merece ser conocido, siquiera en alguna parte, el texto de esta disposición:

«Nosotros (dice), Constantino y Licinio, ordenamos en beneficio de los cristianos que los lugares en que antes acostumbraban reunirse... si hubiesen sido adquiridos por el fisco ó por algún otro, sean restituidos á los mismos cristianos sin pedirles dinero alguno ni reclamarles el precio, y sin dilación ni dificultad; y si algunos los tuviesen hoy por donación, inmediatamente los devuelvan á los cristianos. Si los que obtuvieron esos lugares por compra ó por donación tienen algo que pedir á nuestra clemencia, acudan al prefecto de la provincia para que proveamos lo conveniente. Á tu cuidado y diligencia encomendamos que todas estas cosas se restituyan á la corporación de los cristianos inmediatamente y sin dilación. Y por cuanto esos mismos cristianos no sólo poseían los lugares en que solían reunirse, sino otras cosas que no pertenecían á cada uno en particular, sino á la corporación, todas estas cosas, después de la ley que hemos mencionado, mandarás que sin la menor duda se restituyan á los mismos cristianos, es decir, á cada corporación ó reunión de ellos...» «Asimismo mandamos que, luego que recibas estas letras, si algunas de las cosas que pertenecían en cada ciudad á la Iglesia católica de los cristianos están ahora retenidas por los decuriones ó cualesquiera otros, mandes que al momento sean devueltos á sus iglesias, puesto que queremos que lo que las indicadas iglesias poseyeron antes vuelva al momento á su poder.»<sup>5</sup>

Y en otro lugar dice: «Todo aquello que parezca haber pertenecido directamente á la Iglesia, ya sean casas, ya posesiones, ó campos, ó huertos, ó cualesquiera otras, no puede con derecho alguno cercenarse en cuanto pertenece á su dominio, sino que, conservándolas todas salvas é íntegras, mandamos que sean restituidas.»<sup>6</sup>

A la grata impresión que produce en el ánimo la lectura de unos documentos que en nuestros días pudieran servir á los Gobiernos de provechosa enseñanza, añaden los citados textos la demostración de que la Iglesia poseía en tiempos anteriores á Cons-

tantino, es decir, desde el siglo III de su existencia, variados y cuantiosos bienes. Harto claramente lo dicen las palabras: «ya sean casas, ya posesiones, ya campos ó huertos, ó cualesquiera otras», como también indica el contexto de estas leyes que esa posesión era un derecho indisputado de la Iglesia, que los emperadores Constantino y Licinio, viéndolo desconocido ó atropellado, se complacían en reparar. Hermosas son las palabras que á este propósito pone Eusebio en boca del emperador Constantino: «¿Quién pudiera poner en duda (dice) que los lugares que han sido consagrados por las reliquias de los mártires y que conservan la preciosa memoria de su muerte, pertenecen á la Iglesia? ¿Quién tendría dificultad en disponer que se le restituyesen? Porque no puede haber servicio más importante, ni trabajo más grato y útil, que bajo la inspiración del divino espíritu cuidar con diligencia de estas cosas, para que sea justísimamente restituido á la santa Iglesia de Dios lo que hombres injustos y perversos le arrebataron con inicuos pretextos.»<sup>7</sup>

Es, pues, un hecho indisputable que desde los primeros siglos de su existencia poseyó la Iglesia bienes temporales, y entre ellos bienes inmuebles. De suerte que la Iglesia primitiva, la Iglesia de los tiempos apostólicos, la Iglesia que, según dicen á toda hora los reformadores, se conservó pura y sin mancha (como si hoy no estuviese lo mismo), se creía en el derecho de adquirir y de poseer esta clase de bienes sin obtener para ello el *placet* imperial ni consultar al Consejo de Estado. Emperadores paganos, como eran Aureliano y Alejandro Severo, reconocieron ese derecho, viéndolo fundado en la equidad natural; y los Emperadores cristianos, á ejemplo de Constantino, no sólo lo reconocieron, sino que lo sancionaron, dando cabida á sus leyes en el Código que contiene los principios y reglas de la jurisprudencia romana.

Excusado es decir que luego que la Iglesia fué, no sólo tolerada, sino protegida por los Emperadores, crecieron las liberalidades y las donaciones de bienes. Constantino y muchos de sus sucesores se las hicieron considerables; los particulares las hacían también en no escaso número, y esta clase de donaciones quedó exenta por la ley del pago de la cuarta falcidia. Teodosio el Joven las declaró, lo mismo que á los monasterios, herederas de los bienes que respectivamente dejasen al morir los clérigos ó monjes á quienes no tuviese nadie derecho á heredar. De suerte que ya en los primeros siglos vió la Iglesia confirmado por leyes expresas el derecho á adquirir y poseer toda clase de bienes, que sin autorización ni concesión de ley alguna estaba ejerciendo desde que tuvo libertad para vivir, derecho que, después de quince ó dieciséis siglos de tranquila posesión y disfrute, le niegan hoy los que se dicen defensores de la propiedad, de la justicia y del derecho mismo.

Como la Iglesia obró en el mundo con su celestial doctrina tan grandes y provechosas mudanzas; como ella fué la que, regando la tierra con la sangre de sus mártires, ilustrando á las gentes con la predicación de sus apóstoles, edificando á los pueblos con las virtudes de sus santos, enseñandoles con el ejemplo de sus monjes, inculcando en sus acciones la savia de su vida, elevándose al trono en las personas de los Reyes, y dirigiendo al mundo con la sabiduría de sus Prelados, introdujo en él la civilización verdadera, triunfando con sus virtudes de la corrupción antigua, echando por tierra el cesarismo pagano y levantando sobre sus ruinas la monarquía cristiana, con su cortejo de útiles y benéficas instituciones, nada tan natural ciertamente como que se considerase el mejor empleo de los bienes el de donarlos á la Iglesia, la cual hacía de sus riquezas el más noble y santo uso, levantando magníficos templos, construyendo hospitales y casas de caridad, erigiendo grandiosos monasterios, redimiendo cautivos, dando profusamente limosna á los pobres, y haciendo, en fin, cuanto le dictaba su ardiente celo por la gloria de Dios y el bien de los hombres.

Y así sucedió, en efecto, que hallando esta tendencia igual apoyo en las clases todas de la sociedad y reflejándose este espíritu en las leyes, á la vez que afluían á la Iglesia los bienes, daban las leyes facilidad para su adquisición. Conocieron muy bien los legisladores de aquellos tiempos que nada mejor podían dar á la sociedad en que vivían que una amplia influencia de la Iglesia sobre ella, y en cuanto su protección podía contribuir á este fin, se la otorgaron generosa. Muchos fueron entonces, y de muy diversas clases, los medios por que se aumentó el patrimonio de la Iglesia. Concurrían á ello las herencias de clérigos y monjes, las mandas de los particulares, las renunciaciones de bienes que en favor de sus monasterios hacían los que abrazaban la vida monástica, las fincas dadas á título de premio y la re-

<sup>1</sup> Matth., cap. X, vers. 10.

<sup>2</sup> Luc., cap. X, vers. 7.

<sup>3</sup> Ibid., cap. VIII, vers. 3.

<sup>4</sup> Cor., cap. IX, vers. 14.

<sup>5</sup> Const. Apost., lib. II, cap. XXX.

<sup>6</sup> Apolog., cap. I, núm. 67.

<sup>1</sup> Hist. eccl., lib. VIII, cap. I.

<sup>2</sup> Ibid., lib. VII, cap. XXX.

<sup>3</sup> Aelius Lampridius, Vita Alexandri Severi, cap. XLIX.

<sup>4</sup> Alude á la Introducción de esta obra.

<sup>5</sup> Euseb., Hist. eccl., lib. X, cap. V.

<sup>6</sup> Euseb., De vita Constantini, lib. II, cap. XXXIX.

<sup>7</sup> Euseb., De vita Constantini, lib. II, cap. XXXIX.



dención de penitencias impuestas a los pecadores. La Iglesia recibía estas donaciones con el espíritu de justicia y de generosidad que le es propio. De Aurelio, obispo de Cartago, se sabe que restituyó a un bienhechor de su Iglesia los bienes que le había donado no teniendo herederos forzosos, cuando supo que le había nacido un hijo, a pesar de que entonces el derecho romano no contaba todavía el nacimiento del póstumo entre las causas de revocación de las donaciones.

Para formar idea de las riquezas que la Iglesia adquirió desde principios del siglo IV hasta el IX, basta leer lo que en su libro *Costumbres de los cristianos* dice Fleury, apoyándose en el testimonio de Eusebio y de Anastasio el Bibliotecario, el último de los cuales indicaba como existentes en su tiempo las siguientes cosas:

«En la basílica Constantiniana (que es la de Letrán) hay un tabernáculo de plata que pesa 2.025 libras: delante está el Salvador sentado en una silla de plata, que pesa 120 libras, y los doce Apóstoles, que tienen cinco pies de alto y pesa cada uno 90 libras, con coronas de oro puro. Detrás hay otra imagen del Salvador de cinco pies de alto, que pesa 140 libras, y cuatro ángeles de plata de cinco pies de alto, que pesa cada uno 115 libras, adornados de pedrerías; además hay cuatro coronas de oro purísimo, es decir, círculos que sostienen candeleros, adornados con 20 delphin que pesan cada uno 15 libras; hay siete altares de plata, de peso de 200 libras; siete patenas de oro, que pesan 30 libras cada una; ciento cinco cálices de plata, de los cuales cuarenta y cinco pesaban 30 libras cada uno y los demás 20, y muchos otros vasos.

«En el baptisterio, la cubeta era de pódrido revestida de plata, y pesaba 3.008 libras; había allí una lámpara de oro que pesaba 30 libras, en que se quemaban 200 libras de bálsamo; un cordero de plata que derramaba agua, y pesaba 30 libras; un Salvador de plata purísima, de cinco pies de alto, que pesaba 170 libras, y a la derecha un San Juan Bautista, también de plata, que pesaba 100 libras, y siete ciervos de plata que derramaban agua, cada uno de los cuales pesaba 800 libras: había también un incensario de oro puro de 10 libras adornado con 42 piedras preciosas.

«Todo lo que Constantino dió a la basílica y al baptisterio ascendía a 678 libras de oro y 19.673 libras de plata; y como la libra romana era de doce onzas, hace todo ello 1.017 marcos de oro y 29.500 marcos de plata.

«Dió también Constantino a la basílica y al baptisterio, en casas y tierras, 13.974 sueldos de oro de renta anual, lo que viene a ser 115.000 libras de renta, contando el sueldo de oro por ocho libras y cinco sueldos de nuestra moneda... Todo esto era de la iglesia de Letrán únicamente.»

(Continuará.)

JOSÉ MARÍA ANTEQUERA.

## EL PINTOR ZANOBI

CRÓNICA ITALIANA

*Conserva me, Domina, quam speravi in te.*  
(San Buenaventura, Salterio de la Santísima Virgen.)

### I

MEDIADOS del pasado siglo, poco más o menos, mucho antes de ponerse el sol de un placentero día del mes de Mayo, atravesaba la extensa llanura que se extiende entre Brindis y Ostuni, último pueblo de la tierra de Otranto, un joven modestamente vestido, con el morral a la espalda y el bastón en la mano.

En toda la extensión de esta llanura no se da otra vegetación que la de matorrales, hallándose aquí y acullá tachonada de extensos bancos de tobas en los que se incrustan conchas petrificadas, sin que se vea allí ninguna morada humana. A lo lejos viene a confundirse esta llanura con el mar, presentando el aspecto de un gris azulado. De vez en cuando se ve un olivo achaparrado y algún bosquecillo de mala muerte que dan alguna sombra al fatigado viajero.

Este páramo, desierto en el día, ha visto pasar por él a los vencedores del mundo y se halla cruzado por la Vía Appia. Ha sido recorrido por César y Pompeyo, fugitivo el uno y vencedor el otro; Horacio hizo galopar en él a su caballo cuando iba a divertirse a Brindis, y Virgilio caminó tristemente por este camino cuando iba a buscar su sepulcro.

Caminaba nuestro viajero con paso vigilante, cantando a toda voz una lamentación siciliana, sencillamente melodiosa y de encantadora poesía. De esta manera distraía las molestias de un viaje que indudablemente había empezado al amanecer, porque su

vestido de tosca sarga se hallaba cubierto de polvo.

Su aspecto no le daba arriba de treinta años; sus facciones, que respiraban la franqueza y la dulzura, se hallaban impregnadas del tinte que se observa en la gente del pueblo de Sicilia, por cuyas venas corre sangre árabe. Era puramente ovalado su semblante, su nariz un tanto aguileña, y sus grandes ojos hendidos en forma de almendra, brillando en ellos una negra pupila; sus cejas estaban delicadamente arqueadas y cubierta su cabeza abundantemente de rizados bucles; por último, su color oscuro mate revelaba a otro de los descendientes de aquellos feroces saracenos que en otro tiempo invadieron la Trinaquia romana, granero del mundo.

Cuidábase muy poco, sin duda, este joven de su rara hermosura, porque apenas pensaba en asearla, y si por casualidad topaba un manantial claro y límpido, atendía tan sólo a apagar su sed sin mirarse en el agua.

Marchaba con paso ligero, desafiando con la facilidad de un hombre acostumbrado a soportar los ardores del sol los tórridos rayos del astro que flotaba en el azulado cielo, derramando sobre la naturaleza cálida luz. Su frente, sombreada por un pobre sombrero de paja tejida, no revelaba las huellas del sudor; y sin desvanecerse por su brillante blancura, miraba las piedras que tachonaban el llano.

Sin embargo, al llegar a los límites de esta soledad, cuando las casas de Ostuni le parecían alegres y graciosas en un oasis de verdor, donde el sombrío follaje del algarrobo se mezclaba con las cimas maltratadas del pálido olivo, dejó escapar un suspiro de alivio.

Escaló la colina ágilmente, aspirando a todo pulmón el fresco aire bajo los árboles en que los pajarrillos revoloteaban unos en pos de otros trinando, y después bajó por la pendiente y siguió la costa, en donde el mar forma graciosas ensenadas; la espumosa ola no llega allí, como en las mareas de Brindis, a espirar sobre las arenas matizadas del brillante nácar de los mariscos; desplégase violentamente y va a estrellarse contra los peñascos que bordan la costa, ya escarpados, ya cortados en forma de almenas, proyectando profundos barrancos llenos de escabrosidades; allí se dan seculares arbustos que protegen a las higueras de anchas hojas.

Detúvose nuestro viajero un momento en Monopoli, pueblecito encantador, cuyas casas están coronadas de azoteas cubiertas de sonrosados laureles, de granados como ramilletes de púrpura, de mirtos que figuran blancas estrellas.

Entró en una hostería, comió un bocado de pan, bebió un vaso de vino de color de ámbar, y emprendió de nuevo su viaje, después de pagar a la dueña del figón con una moneda y una cariñosa sonrisa.

De Monopoli a Polignano sólo hay una corta distancia.

Hora es ya de que declaremos que nuestro héroe llevaba por nombre Zanobi, el cual atravesó rápidamente este trecho, ignorando sin duda que bajo las quebradas rocas en cuya cima se levanta Polignano se encuentra una profunda gruta colmada completamente por el mar, y en la que produce la luz, reflejándose en las tranquilas y límpidas aguas combinaciones y juegos de colores que causan un efecto maravilloso; porque, a haberlo sabido, Zanobi hubiese suspendido su viaje para reproducir en el lienzo esta curiosa caverna, en la que las pajizas tintas de las rocas se unen con tanta gracia a los tonos verdes de las higueras y de las enredaderas.

Esto equivale a decir que este mozo era pintor: componíase su equipaje de un pedazo de tela y una caja de colores, suficientemente provista para que pudiese emprender algunas estudios durante su largo camino, o pagar su escote en las posadas pintando la imagen de la santa patrona del pueblo.

Zanobi, pues, siguió adelante y dió un mal paso.

Al salir de Polignano engolfóse en un bosquecillo en el que crecían confundidos nogales y lentiscos, álamos y sauces. Encontróse allí con una sombra deliciosa, aumentada por el crepúsculo, porque el sol acababa de desaparecer, y el cielo, que conservaba el color de la púrpura por los últimos resplandores del crepúsculo, iba tomando paulatinamente las tintas del zafiro.

Este momento del día es muy del agrado de las gentes dadas a aventuras. Allí se ve lo bastante para distinguir a quien se dirige uno, y se ve harto poco para arriesgarse a ser reconocido.

Esta precisamente era la cuenta que se hacían dos pastores de este encantador país de Apulia, que invertían el día en guardar los ganados de las alquerías de las inmediaciones y sus ocios en pedir limosna en la carretera alargando su sombrero con la mano izquierda y enseñando muy apretado en la derecha un largo puñal, cuya vista hacía generosas a las gentes más tacañas.

Estos dos mendigos podían muy bien descender asimismo en línea recta de los ilustres bandidos que en el siglo XII asesinaron a aquel hijo de un traficante en aceite llamado Magliano, transformado, tiempo andando, en gran almirante, canciller y primer ministro de la monarquía siciliana bajo el reinado de Guillermo el Malo.

Ellos sólo asesinaban por patriotismo, con el fin de atraer al país que ocupaban a muchos de aquellos ingleses ansiosos de encuentros novelescos, que abandonan a Birmingham o Sheffield con el sólo objeto de encontrarse con uno de aquellos bandidos que formaron la reputación de la señora Ana Radcliffe treinta años después del día en que el pintor Zanobi tuvo que habérselas con dos de estos honoríficos caballeros.

Los cuales, por tanto, salieron al encuentro a cortar el paso al joven pintor, declarándole que, siendo por temperamento poco sanguinarios, se limitarían a solicitar de su señoría que tuviese a bien presentarles su bolsa; pero que si dicha señoría cometía la imprudencia de rehusarles este pequeño don, se verían en la cruel necesidad de agujerearle la piel.

Zanobi soltó la carcajada. Respondióles que tenía precisamente la cantidad que necesitaba para llegar a Roma, donde iba a estudiar las obras de los grandes maestros, y que además, aun dado caso que poseyese cien ducados de oro, sólo daría una limosna voluntariamente; y por último, que empeñaría de buen grado una batalla, buscando en cierta manera el desquite de no haber podido hasta entonces poner en ejercicio más que a sus piernas.

Este discurso, en el cual la burla corría parejas con la elocuencia, no produjo el menor resultado. Rompiéronse las hostilidades sin más rodeos.

Zanobi maniobraba con su bastón con admirable destreza. Llovían repetidos golpes como una granizada sobre sus agresores; pero el partido no era igual, y pronto el pobre mancebo, que derramaba sangre por muchas heridas, cayó exánime sobre el musgo, lo cual permitió a los dos malhechores apoderarse del contenido de su bolsillo y escapar después sin obstáculo.

Pronto recobró Zanobi su sentido, y reconoció que tenía un hombro destrozado y atravesado el brazo izquierdo: heridas indudablemente dolorosas, por más que no pusiesen en peligro su vida.

Parecióle muy conveniente preguntar por algún asilo donde le curasen las heridas y pudiese pasar la noche, y arrastrándose como pudo, al cabo de algunos minutos llegó al extremo del bosque.

Vió desde allí proyectarse en la cima de un promontorio vastos edificios de blancos muros y elegante arquitectura. Un campanario y algunas cruces que coronaban los techos, así como la puerta, le dieron a entender que aquello era un convento. Ya sabía él que los frailes son hospitalarios, y por tanto, sin vacilar un segundo adelantóse apoyado en su bastón, jadeando y casi desfallecido; llegó a la puerta, asió con todas sus fuerzas la cadenilla que pendía a lo largo del dintel de mármol, y oyendo sonar dentro la campana, exhaló un suspiro y dejóse caer sobre el suelo.

### II

El siguiente día despertóse Zanobi hacia las doce, y se encontró tendido sobre un fresco lecho en una habitación muy aseada; la ventana que se hallaba abierta le permitía ver un risueño paisaje, floridos arbustos, olorosos canastillos de flores en torno de una fuente que manaba cristalina agua.

—¡Sit nomen Domini benedictum!—pronunció una voz sonora.

En rededor del lecho agrupábanse cinco frailes franciscanos de diferentes edades y condiciones, pero todos los cuales contemplaban con sonrisa y ternura al huésped que les había deparado la Providencia.

Al escuchar el acento de aquella voz, que recordaba a Zanobi que debía dar gracias a Dios, aquél hizo ante todo la señal de la cruz, y después no dejó de dirigir la pregunta en semejantes casos tradicional: —¿Dónde estoy?

Uno de los frailes, obeso personaje y cuyos labios estaban en continuo movimiento, respondió inmediatamente con volubilidad:

—Querido hijo mío, Dios te bendiga y a mí también. Te encuentras en la abadía de San Vito, fundada hace mucho tiempo por el hijo de un príncipe de Lucania llamado Vito y canonizado por nuestra Santa Madre la Iglesia, el cual donó este territorio a nuestra venerable Orden. ¡Dios te proteja y a mí también! En cambio de lo cual recibí del cielo la virtud transmisible a su línea. Dios la conserve, y también a mí, de evitar que los perros rabien...

—Hermano mío Agnolo, ¿hace mucho tiempo que padecéis comezón de lengua?—observó uno de los frailes que había escuchado sonriendo el prolijo discurso del buen religioso.



—Padre prior, os pido perdón por mi intemperancia—contestó humildemente Fr. Agnolo.

Y continuó con voz vehemente dirigiéndose al pintor:

—El hermano portero te levantó todo ensangrentado, encontrándose tendido sobre el dintel del monasterio; querido hijo mío... ¿qué te ha sucedido? ¿Quién te ha atacado...? Tienes el cuerpo estropeado; pero nuestro hermano Fr. Marín, presente aquí, es un hábil cirujano y ya no corréis el menor riesgo. ¡Dios se lo recompense y a mí también! Así, pues, querido hijo, saluda a Su Reverencia Don Hugo, nuestro venerado prior, que bondadosamente me ha reprendido mi pecado de costumbre... Saluda a fray Marín, que ha vendido tus llagas con ligera y diestra mano... Saluda a Fr. Terencio, nuestro cillerero, que acaba de preparar una bebida cordial para reparar tus fuerzas... Saluda a Fr. Lorenzo, que ha pasado la noche orando a la cabecera de tu cama... ¡Dios atiende sus ruegos y me atiende a mí también!

Al pronunciar estas últimas palabras, echóse a reír.

(Se continuará.)

C. B.

## PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

### PRIMERA PARTE

#### LOS DÍAS FELICES

##### I



QUELLOS tiempos en que ni la venganza ni la guerra habían aún extendido sus negras alas sobre un suelo devastado; cuando todavía había en Polonia otra cosa que lágrimas, sangre y ruinas, las épocas de regocijos populares se celebraban allí con gran expansión, y ningún otro Carnaval había tan animado, tan pintoresco, tan franco y alegre, y al mismo tiempo tan decoroso, como el Carnaval polaco. La alegre locura pagana, que parece tener su lugar propio en los países meridionales, habíase remontado hacia esos ásperos países del Norte, transportando allí sus cascabeles, agitando su tamboril y aclimatando sus rosas. Pero, alejada de la corrupción y del centro vicioso de las grandes capitales, se había hecho casi cristiana a la sombra del hogar. Por más que se divertían, se disfrazaban, bailaban, frefan y comían los pentehkis<sup>1</sup>, no por eso eran menos decentes y honrados; y si se celebraba el Carnaval con alegría, era pensando practicar estrictamente los rigores de la Cuaresma.

Además el Carnaval generalmente era la época de los desposorios, y en aquellos bailes sin pretensiones y sin coquetería, en los que se reunían las familias, en que se convidaban mutuamente los vecinos, donde tantos apuestos jóvenes, donde tantas amables señoritas se conocían y se amaban a la vista de sus madres, muchas uniones felices se resolvían y se llevaban a cabo todos los años. Así, aunque en esta estación el frío es generalmente muy fuerte, el cielo triste y la tierra desolada, al calor de la gran lumbre del hogar se olvidaban las nubes, la nieve y los vientos. El cierzo de Siberia esparcía sus escarchas; pero se amontonaban los grandes leños en la chimenea. ¿Qué importaba que estuviese ausente el sol si había tantas miradas brillantes y tantas sonrisas amigas para hacerle olvidar?

Esto es lo que pensaban al menos los invitados reunidos en el *dwer*<sup>2</sup> de Glenki, hacia la mitad del mes de Febrero de 1860. Esta pequeña casa señorial, situada en el centro de un país pantanoso y poblado de árboles que se extiende desde Putusk a Ostrolenka, estaba por un lado abrigado por un espeso bosque de abetos, y por el otro dominaba una llanura de gran extensión. Se encontraba así preservada en parte del soplo del helado cierzo, que venía a parar su ímpetu contra los grandes troncos de los gigantes del bosque. Por eso todos los dormitorios de este *dwer*, de un piso, se agrupaban a la sombra de este espeso abrigo de hojas, tan bien preservado contra los vientos del Norte. El salón, al contrario, daba a los campos; por sus cuatro ventanas se espaciaba la vista libremente sobre un vasto espacio sin sombra y sin quiebras, todo blanco de nieve, que se confundía en lontananza con las nubes del horizonte.

Pero entre los habitantes y huéspedes de Glenki, ¿cuál era el que pensaba en el invierno, en la lla-

nura y en la nieve? La sala estaba muy abrigada; las bujías encendidas, los músicos tocaban de buena voluntad, y la juventud bailaba aún con mejor gana.

Aquella noche se daba el baile para celebrar el aniversario décimosexto de la señorita Alina, la bonita heredera de Glonki.

¡Y qué baile! No se había ahorrado nada para divertir a Alina, porque era un baile de trajes. Esto era un triunfo, y para obtenerlo era menester ser heredera, hija única y mimada! ¡Si hubieseis visto erizarse el bigote gris de Adan Sawinski a la primera palabra de «baile de trajes» pronunciada por su hija! Pero para algo sirve la pequeña diplomacia femenina, mucha astucia, ternura, y... dieciséis años. Lo que la mujer quiere... sabéis lo demás. Alina también lo sabía.

—Padre, no podéis pensar que razonable es mi petición—había dicho, pasando su brazo alrededor del cuello del anciano.—Os lo voy a explicar si me lo permitís.

—Explicáte: debe ser curioso.

—Primeramente, mi baile de trajes será una obra de beneficencia, porque para hacer los disfraces trabajarán muchos obreros que no han tenido trabajo este invierno.

Si fuera un baile ordinario, éramos capaces de refrescar nosotras mismas nuestros vestidos antiguos, de arreglar un poco las flores, mientras que de este modo hay que renovar todo, desde las cintas hasta el calzado.

Será, pues, para hablar como la Sociedad Agronómica, otro tanto dinero puesto en circulación.

—Que estaría mejor empleado en mejorar nuestro heno, introduciendo entre nosotros la maquinaria agrícola...

—Papá, os ruego que dejemos los henos tranquilos. Vendrán en Julio y el Carnaval en Febrero; a cada día le basta su trabajo...

Pero mi baile de trajes será una obra patriótica; éste es el segundo punto de mi discurso.

—¿Patriótica una mascarada?

—Padre mío, deseo que el baile se abra con una polonesa bailada con los trajes históricos del tiempo de los Segismundos; caballeros con kontusz<sup>3</sup> de terciopelo bordado con pieles, en zupan<sup>4</sup>, tejido con seda y oro, con botas amarillas, kolpak<sup>5</sup> con penacho de plumas de garza y broche de pedrería; con esto, el largo bigote y la karabelle<sup>6</sup> al lado...

Papá, en mi baile veréis resucitar vuestros antepasados.

—¡Muy bien! ¿Y no piensas convidar al coronel Nebutoff?

—¿Al padre de Sacha? Sin duda, ¿y en qué puede incomodarle? Si viese a mis viejos polacos pasearse en pleno día sobre la plaza de la iglesia ó en la plaza de arbustos, concibo que pudiese fruncir el entrecejo siendo ruso, y decirnos muy colérico: «Señores y señoras, sois rebeldes a Su Majestad el Emperador.»

Pero cuando los encuentre en un baile en que yo le convide a bailar, rodeados de marquesas Pompadour, de arlequines y pastoras, no podrá reprendernos; no es más que un disfraz.

Y aun le diré, mostrándole mis convidados:

¿No es verdad, coronel, que los vestidos de nuestros antepasados eran muy bellos?

—¡Travesilla! —dijo Adan Sawinski, mirando a su hija con mucho cariño.

—Esta es una buena razón, padre —dijo la astuta Alina, que veía que iba a triunfar.

Pero no os he dado aún la mejor de todas...

Tendremos entre nuestros disfraces una pandilla italiana para dar gusto a Tadeo.

A estas palabras, el anciano había mirado a su hija con enternecimiento. Y en el momento en que se enternecía, es que estaba completamente vencido. Veremos en su lugar y a su hora quién era Tadeo, y por qué «dar gusto a Tadeo» era una ocupación tan importante.

Después de esto, viendo Alina a su padre pensativo, lo abrazó suavemente y salió del cuarto para pensar en su traje, mientras que Sawinski, conmovido, se decía a sí mismo: «Querida hija, tiene el alma de su madre... Se diría que Sofía habla en ella, que le inspira todos sus pensamientos.

Pero es una idea singular la de este baile.

Tiene la culpa ese diario de modas de París, al cual he hecho la bobada de suscribirlo. Habrá visto en él algún traje que le sienta bien, algún disfraz de hada, de mariposa hecho para ella, y ya se le fué la cabeza. Y yo cedo; hago muy mal. Pero después de

<sup>1</sup> Largo traje de encima con mangas perdidas, antiguo vestido de los nobles polacos.

<sup>2</sup> Especie de túnica ó chaleco largo que llevaban debajo del kontusz.

<sup>3</sup> Gorro de forma elevada, de terciopelo ó de pieles.

<sup>4</sup> Sable encorvado.

todo, no tengo más que a ella, y ella ¡ay! ¡no cumplirá todos los días dieciséis años!»

De esta conferencia y de este monólogo, había resultado el baile a que van a asistir mis lectores. No sé si Alina Sawinski había encontrado, en efecto, su vestido en el diario de modas; pero lo cierto es que le sentaba perfectamente y que la joven heredera de Glonki debía primero a su hermosura, y después a su disfraz, gran número de rendidos homenajes y miradas de admiración.

Se acababa de bailar una mazurka, y Alina descansaba en un sofá en uno de los rincones del salón, junto a Alejandra Nebutoff, su rival en hermosura y su amiga de corazón. El disfraz y la apariencia de las dos jóvenes formaban un gran contraste. Alina, blanca, delgada y rubia, figuraba una estrella. Sus manos y su rostro de nieve parecían aún más blancos que su aéreo vestido de gasa, salpicado de trecho en trecho con una delgada hebra de plata, asemejándose a una ráfaga de luz.

Sobre la frente de la joven brillaba una estrella de plata, sobre la cual el reflejo de las arañas, reflejándose en luces, rodeaban como de una aureola brillante el hermoso rostro, los finos cabellos dorados, y hasta el ligero velo de gasa azulada que rodeaba el cuello y los hombros de Alina como un ligero adorno que venía a sujetarse en el pecho.

Su vecina, Alejandra Nebutoff, había enlazado en su espesos cabellos negros, torcidos como el de las estatuas antiguas, algunas hojas de yedra y un racimo de uvas, sostenidas por una cinta de púrpura. Sobre su enagua carmesí una guirnalda de yedra serpenteaba haciendo festones, y una piel de tigre echada alrededor del flexible tallo de la joven rusa, apoyaba en uno de sus hombros sus dos garras de oro con uñas de brillantes.

Alejandra ó Sacha, éste era el nombre de cariño, era una Bacante espléndida, pero una Bacante modesta, imponente al contemplarla. Apoyada perezosamente en el respaldo del sofá, morena y altiva al lado de su rubia compañera, jugaba con una mano con su dorado tirso, y con la otra arreglaba el adorno azulado de la Estrella.

—Alina, tu baile es magnífico —decía a su compañera con una graciosa sonrisa.— Luces, flores, bonitos disfraces y caras lindísimas... En fin, para que sea perfecto, no falta en él más que jóvenes que bailen.

—No te comprendo, Sacha mía —le respondió la hechicera Estrella.— Es verdad que, gracias a la buena voluntad general, mi baile ha tenido bastante éxito... Las luces se las debo a la munificencia de papá; las flores, principalmente a tu invernáculo; los disfraces al buen gusto de estas señoras, y los bonitos rostros a nuestro hermoso país... Acepto, pues, tus alabanzas, pero rechazo tu observación. ¿Te han faltado jóvenes para bailar? Has rehusado muchos. ¿No te ha satisfecho ninguno? Sin embargo, acabamos de bailar una mazurka deliciosa.

Y el pequeño pie de Alina llevaba el compás, como impaciente de volver a bailar.

—Lineta, tú eres una niña —respondió en francés su compañera —no sé si podrás comprenderme.

Acuérdate que no tienes más que dieciséis años y que yo tengo veinte.

—No es ésa una razón para despreciar a nuestros bailarines. Yo veo que tú haces con tus compañeros de baile como con tus pretendientes: te muestras esquiva y desdeñosa con unos y con otros. Y sin embargo, ¿qué es lo que les puedes reprochar? Son políticos, atentos, complacientes...

—Lo son demasiado —replicó la joven rusa con un gesto de arrogancia.— ¡Qué insulsos parecen estos homenajes, y esta sumisión da hastío! ¿Ves, Alina? Las mujeres orgullosas como yo, desprecian profundamente esta galantería insustancial, estas simuladas adoraciones que se encuentran con tanta facilidad así en nuestros salones como en los vuestros. Y después (tal vez tenga yo en esto una opinión demasiado buena de mí), pero me parece que todos estos hombres son, a lo más, iguales míos. Y desearía tanto algunas veces inclinarme ante naturalezas privilegiadas, saludar por aquí ó por allí un genio, ó al menos un carácter superior!

Tengo yo, como tú sabes, sangre de soldado en las venas, y no se me puede olvidar que he nacido en el Cáucaso, en una expedición.

Por eso la monotonía de mi existencia actual me pesa horriblemente. Desearía una vida de peligros, de azares, de emociones súbitas y violentas... Mira, Lineta, creo que si fuera muchacho me iría a descubrir el famoso paso por el Polo, y estoy casi segura... que tú no me acompañarías.

—Es muy probable que no —respondió la señorita de Sawinski riéndose.

—¿Te detendría el miedo de las montañas de hielo y los osos blancos?

—Creo que sí.

<sup>1</sup> Especie de pequeños pasteles de frutas fritos en sartén.

<sup>2</sup> Habitación del señor propietario.



—¿Y también el temor de afligir á un cierto caballero Tadeo, que perdería en tí su estrella polar? Alina se sonrojó y sonrió dulcemente.

—¡Pícara Sacha —contestó— que se venga por qué no ha bailado con ella!

—No, no, desengáñate, querida mía; yo no te envidio tu amante tenebroso. Jamás hubiera hecho mi conquista. Es tan dejado, tan distraído; parece que cuenta las moscas del techo y que no se digna mirar á nadie. ¿Ha vuelto los ojos hacia este lado, ni una sola vez, desde que se concluyó la mazurka?

Alina palideció y bajó los ojos con tristeza. La observación de su amiga le había impresionado dolorosamente.

—¿Sabes que desde que volvió de Italia está siempre triste!

—Sí, y ésa es su gran falta. ¿Por qué quiere hacer el héroe melancólico, el meditabundo, el incomprensible y misterioso? El tiene una madre que lo adora, un tío que no desea otra cosa que su felicidad, una prima hermosa que consiente en darle su mano, y él se hace el importante, el desesperado, el tísico!.. Este sistema me irrita muchísimo.

—Alejandra, escucha, hablas en este momento á troche y moche—respondió Alina algo incomodada.—Tadeo no se hace el incomprensible, no se finge enfermo; ha vuelto de Italia delicado por causa de una gran pena. Su madre me lo ha dicho, y en seguida ha añadido: Sólo Dios, tú y yo podemos consolarlo, Alina mía. Estoy segura que Dios sostendrá los esfuerzos de una madre; pero tú, hija mía, ayúdame á conservar á mi hijo.

—Y bien, si es así vamos á consolarle, ó al menos á distraerlo—dijo Alejandra levantándose y tomando el brazo de su amiga.

Y las dos jóvenes atravesaron la sala en todo su largo, formando juntas un hermoso grupo en el que las hojas de yedra y las plateadas chispas, la enagua de púrpura y los ondeantes pliegues de la gasa, resaltaban y se confundían en admirables contrastes.

La señorita Nebutoff, llevando á su compañera, se acercó al hueco de una ventana, en el cual estaba sentado un joven.

(Se continuará.)

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Mastic impermeable.**—Se obtiene uno de buena clase con los ingredientes siguientes:

Caucho disuelto en esencia de petróleo.....	500 gramos.
Gutapercha.....	120 —
Greda.....	120 —
Resina.....	100 —
Sucino pulverizado.....	100 —
Goma laca en polvo.....	50 —
Esencia mineral rectificada.....	400 —

En un recipiente de hierro se disuelven dichas sustancias á un calor moderado y al baño maría hasta la completa disolución, y al enfriarse se aglutina la mezcla. Se aplica en caliente y sobre los objetos previamente calentados.

**Aguas potables.**—Aguas potables son todas las que pueden beberse cotidianamente sin que produzcan accidentes patológicos. En lo general esta clase de aguas son límpidas, aireadas é inodoras; tienen un sabor fresco y agradable; no son ni sosas, ni picantes, ni saladas, ni dulces, ni sulfurosas, ni ásperas, ni dejan residuos después de agitadas; cuecen bien las carnes y las legumbres sin endurecerlas, disuelven el jabón sin hacer grumos, y no producen malestar ó peso en el estómago. Esta última cualidad la tiene el agua pura ó destilada, por cuya razón no es buena para beber.

Toda agua potable de buena calidad ha de contener ciertos gases y sustancias minerales, entre las que deben contarse como las más á propósito el aire atmosférico, ácido carbónico, cloruro de sodio y carbonato de cal en cantidad variable, pero siempre dentro de un máximo determinado por la experiencia. Por lo demás, la naturaleza las presenta con diversidad de sales minerales, bajo proporciones también muy diferentes, resultando de ahí que son á veces malas ó de mediana calidad, según predominan unos elementos ú otros. Así, por ejemplo, aquellas en que predomina el sulfato de cal, ó sean las selenitosas, crudas ó yesosas, suelen cortar el jabón y cocer mal las legumbres. Las hay también que contienen exceso de carbonato de cal ó magnesia, siguiéndose de ahí la calificación de su mejor ó peor calidad para la bebida. En lo general, puede calificarse de pura y muy buena para los usos domésticos toda agua que, no conteniendo más que milésimas de sales minerales, esté escasísimamente acompañada de materias

hirviendo, y que no sea caliza. Sin que la ebullición se suspenda se añade:

Aceite de resina.....	40,2 gramos
Aceite mineral.....	40 —
Sebo.....	10 —

cuya mezcla se concentra á un calor moderado, y se le añade luego agua hirviendo en proporción de 10 litros de disolución por 90 litros de agua.

Las maderas se sumergen en este líquido, y mediante la impregnación se aumenta la duración de la madera y también su dureza.

**Para platear el latón.**—Se empieza por limpiar el objeto que se trata de platear por medio de una solución de potasa y de ácido clorhídrico. En seguida se tiene preparado un baño del modo siguiente: en una cápsula de porcelana se ponen 32 gramos de piedra infernal (20 gramos de plata en 60 gramos de ácido nítrico), y añadiendo una solución de 20 gramos de potasa cáustica sólida en 50 gramos de agua destilada, resulta un precipitado de óxido de plata, que se lava cuidadosamente. Se vierte este precipitado en una solución compuesta de 100 gramos de cianuro de potasio en 500 gramos de agua destilada. Inmediatamente se filtra este líquido en un embudo de vidrio, dentro del que se coloca á modo de un cucurucho del papel-filtro que tienen los boticarios, y que los pliegan de un modo especial. Este líquido se pone á 21°, añadiendo agua destilada, con lo cual queda hecha la preparación deseada.

Para platear el objeto que se quiera basta que, después de limpio, según dijimos al principio, y calentándole ligeramente, se introduzca en aquella preparación, moviéndole con suavidad dentro del líquido durante algunos minutos; en seguida se extrae y se seca en aserrín. Es preciso manejar con cautela el cianuro de potasio, por ser un veneno muy activo.

**El polo magnético de la tierra.**—El profesor Thompson, en una conferencia que ha dado últimamente en Glasgow, ha dicho que el polo magnético terrestre está ahora cerca de Boothia Félix, á más de 1.600 kilómetros al Oeste del polo geográfico. En 1657, la posición de la aguja imantada indicaba que el polo magnético se hallaba en pleno Norte. Antes de esta época se inclinaba hacia el Este; pero desde entonces ha variado, extendiéndose más y más hacia el Oeste hasta 1816, en que llegó á su máximo.

Desde entonces la tendencia retrógrada se acentúa constantemente, y da lugar á creer que en 1976 el polo volverá de nuevo al Norte.

A este propósito, el profesor Thompson hace notar que los cambios que se han observado, no sólo en esta dirección, sino también en la fuerza del magnetismo terrestre, prueban que las mismas causas que han magnetizado desde un principio la tierra actúan aún, y que estos cambios no se verifican con largos intervalos en el transcurso de los siglos, sino día por día, semana por semana, año por año.

**Orthorama.**—Para dibujar del natural facilita la enseñanza un instrumento llamado *Orthorama*, con el cual cualesquiera persona puede obtener un diseño de un paisaje ó de un objeto.

Consta de una gasa colocada en un bastidor ó marco vertical; delante de esta gasa una mira fija, donde se coloca el observador, que, mirando el paisaje ú objeto de la composición al través de la gasa, delinee sobre ésta los contornos con un lápiz blando.

Se coloca luego la gasa así delineada sobre un papel, poniendo intermedio papel polígrafo ó calador, y siguiendo los contornos de los trazos hechos en la gasa, se obtiene sobre el papel una reproducción del dibujo que se había hecho.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.



EL CAIQUE DEL BÓSFORO.

orgánicas, y tenga, por lo menos, 0,73 por 100 de sulfato de cal.

**Restauración de las limas.**—Un procedimiento sencillo y fácil se emplea para restaurar las limas, que creemos útil indicar para los operarios é industriales. Después de limpiarlas con agua caliente y una pequeña cantidad de sosa, se las somete á un baño de agua acidulada con ácido sulfúrico, permaneciendo en él el tiempo necesario para que se marquen en la superficie del líquido glóbulos gaseosos; dejándole, sin embargo, algunos minutos más después que esto suceda, se retira la lima y se lava con agua clara para hacer desaparecer todo vestigio de ácido.

**Insecticida.**—Para librar á los árboles de las plagas de insectos y destruir éstos con eficacia, se emplea el líquido compuesto de

Petróleo.....	100 gramos
Sal común.....	25 —
Agua.....	1.000 —

Puede también prepararse con igual objeto, según la receta:

Petróleo.....	80 gramos
Jabón amarillo.....	100 —
Agua.....	9.000 —

un líquido con el cual se riega y lava el árbol ó planta invadida de insectos.

**Conservación de la madera.**—Para aumentar la duración de la madera se usan diversas preparaciones antisépticas, que son inyectadas en el interior del tejido leñoso, dificultando la putrefacción y que sea invadida por insectos. Mr. Mallet aconseja usar un líquido compuesto de

Sulfato de cobre.....	6,5 gramos
Sulfato de zinc.....	6 —
Cloruro de sodio.....	3 —

cuyos ingredientes se disuelven en 35 litros de agua